

2016

La noción de democracia radical y sus implicaciones en las identidades sociales

Yessenia Alejandra Correa Gutiérrez
Universidad de La Salle, Bogotá

Follow this and additional works at: https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras

Citación recomendada

Correa Gutiérrez, Y. A. (2016). La noción de democracia radical y sus implicaciones en las identidades sociales. Retrieved from https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras/71

This Trabajo de grado - Pregrado is brought to you for free and open access by the Departamento de Filosofía, Arte y Letras at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Filosofía y Letras by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La noción de democracia radical y sus implicaciones en las identidades sociales

Yessenia Alejandra Correa Gutiérrez

Universidad de la Salle
Facultad de filosofía y humanidades
Programa de filosofía y letras
Bogotá D.C
2016

La noción de democracia radical y sus implicaciones en las identidades sociales

Yessenia Alejandra Correa Gutiérrez

Director del trabajo:
ARIEL CAMILO GONZÁLEZ
MAGISTER EN FILOSOFÍA

Trabajo de grado para optar al título de Profesional en Filosofía

Universidad de la Salle
Facultad de filosofía y humanidades
Programa de filosofía y letras
Bogotá D.C
2016

Dedicatoria

Nos encontramos en un mundo dominado por el egoísmo, donde la fuerza económica prima y se constituye por encima de los ideales alguna vez pensados. Por esta razón, mi admiración se centra en aquellos que creen que el cambio social es posible, por esto y por su esfuerzo constante les dedico este trabajo, gracias a ustedes es que la humanidad sueña con el mejor de los mundos.

Creo en una sociedad capaz de conciliar sus diferencias, y también creo en la política como máxima rectora de la democracia, creó en el político moral y en cada uno de los seres humanos que luchan día a día desde sus diferentes bases. Así, gracias a aquellos hombres y mujeres de lucha, cuya fortaleza han dado a mí inspiración; dedico con profundo amor este trabajo.

Tabla de contenido

Introducción.....	5.
 Capítulo I: La consciencia de clases y la fundamentación teórica del proletariado	11.
1.1 Kautsky y el problema de la unidad proletaria	11
1.2 Plejánov: otra mirada al marxismo ortodoxo	15.
1.3 El sindicalismo revolucionario característica práctica de la crisis marxista y las implicaciones de Sorel	19.
 Capítulo II: Más allá de una comprensión ortodoxa de las clases; la hegemonía: una nueva mirada al capitalismo en el siglo XX	24.
2.1 La hegemonía y la imposibilidad de lo social	25.
2.2 La importancia de la autonomía y la incompreensión de los social de las Instituciones	30.
2.3 La complejidad de lo social y el camino hacia la democracia radical	33.
 Capítulo III: La democracia radical: teoría alternativa en el marco de las tensiones propias del discurso y los antagonismos sociales	39.
3.1 El liberalismo, un análisis desde la teoría crítica	41.
3.2 El sistema de equivalencias una nueva propuesta social y política	43.
3.3 Una democracia no liberal, sí radical y la comprensión de los movimientos emergentes	47.
3.4 Sociedades de consumo y la revolución democrática	50.
3.5 La democracia radical como factor de equilibrio entre las tensiones propias de una sociedad compleja y diferente	53.
 Conclusiones	59.
Bibliografía	66.

Introducción

Este trabajo tiene como objeto comprender la contingencia de las sociedades contemporáneas, expresadas principalmente en los movimientos sociales que la conforman. Sobre lo mencionado anteriormente, la presente investigación resalta la importancia de trabajar autores como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, específicamente su libro *Hegemonía y estrategias socialistas, hacia una radicalización de la democracia*. Estos autores brindan nuevas alternativas al discurso de la izquierda tradicional, concibiendo la democracia radical como una noción que permite establecer sociedades sobre la base de la diferencia. Para llegar a demostrar lo anterior, es necesaria la reconstrucción de algunos discursos de la izquierda tradicional y del discurso liberal moderno.

En el análisis de los fundamentos básicos de las teorías de la izquierda y la defensa de los derechos individuales del liberalismo, este último que ha de tener un efecto interpretativo diferente a la intención moderna, surge la democracia radical. Así entonces, se ha de mostrar con Ernesto Laclau y Chantal Mouffe que esta nueva noción de democracia, la democracia radical, permite establecer la diferencia como un efecto propio de una sociedad contingente donde prima el sentido colectivo antes que el individual.

Para lograr lo anterior, he tomado algunas referencias bibliográficas propias de la obra de estos autores, por considerarlas fundamentales en la construcción argumentativa de la investigación. Sin más, este trabajo se ha dividido en tres capítulos que han de considerarse esenciales en la concepción de una democracia radical, capaz de configurar todo un marco político y social donde el libre desarrollo de las identidades sea posible. Estos capítulos son: I. La conciencia de clases y la fundamentación teórica del proletariado, II. Más allá de una comprensión ortodoxa de las clases y III. La democracia radical: Teoría alternativa en el marco de las tensiones propias del discurso y los antagonismos sociales.

Así pues, en el primer capítulo se pretenderá analizar aquellas formas clásicas de hacer política a partir de una realidad que se enmarca principalmente en la explotación de los obreros para el siglo XIX y XX. Estas luchas dirigidas principalmente por los partidos obreros son seriamente cuestionadas por Laclau y Mouffe, en la medida en que la unidad ideológica y de partido no permite el establecimiento real de otros movimientos sociales. Es decir, que aquel socialismo evidencia una ruptura con las identidades sociales que no están contempladas en el proyecto de la unidad ideológica. Propuestas como las de Kautsky, Gueorgui Plejánov y Georges Sorel, permiten adentrarnos en aquellos discursos del marxismo clásico, los cuales no contemplan otro escenario más allá de la toma del poder político y económico.

Lo anterior llevará a los autores a estudiar en detalle las posibles alternativas en el marco de una nueva izquierda, con el objeto de vincular los movimientos sociales a un campo de expresión real. Por esta razón, se habrá de analizar algunos discursos marxistas que permitan evidenciar los desacuerdos de Laclau y Mouffe con los postulados teóricos del siglo XX. En el análisis a los discursos marxista se evidenciarán las causas de la ortodoxia marxista y su principal antecedente; la pauperización de la clase obrera. En suma, el estudio de este primer capítulo establece los puntos en común entre algunos teóricos marxistas del siglo XIX y XX, uno de ellos la consolidación de un partido obrero que derroque a la burguesía. En lo mencionado líneas atrás surgirán algunos cuestionamientos por parte de Laclau y Mouffe, en lo que tiene que ver con la especificidad del discurso como única condición y necesidad de cambio social. Para estos autores la toma del poder político y económico bajo la idea de unidad de partido es hegemónico.

En efecto, un agravante fundamental y el cual es un motivo de deterioro de los partidos de izquierda tradicional, es reducir el problema social al plano puramente económico como lo señalaremos con Kautsky y Plejánov. El plano económico para Laclau y Mouffe no es el único que conforma el socialismo. Desde la perspectiva de Sorel el socialismo está sujeto a otro tipo de análisis, por ejemplo: las actitudes y aptitudes del obrero promedio. El obrero promedio solo trae consigo

diferencias de base que llevan a los partidos socialistas a discusiones permanentes. Esto se debe a que dentro del mismo partido hay jerarquizaciones producto de la incomprensión del proyecto. Asimismo, de las subjetividades propias de los que conforman el partido. Esto nos llevará a establecer que la individualidad de los partidos obreros refleja la imposibilidad de un proyecto político socialista.

Para Laclau y Mouffe el anterior matiz señalado por Sorel refleja la imposibilidad de configurar la unidad ideológica. Sorel es una figura que evidencia la necesidad de establecer un tipo de moral en la clase obrera en pro de la permanencia del proyecto socialista. Para este autor no es solo el carácter económico lo que prima en la izquierda, sino la educación del obrero. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe reconocen en él a un marxista capaz de comprender que la izquierda debe ampliar sus expectativas teóricas, las cuales deben tener como fundamento la comprensión real de las dinámicas sociales.

A partir de lo anterior, los autores mostrarán que las teorías son más precisas al contemplar un panorama de la sociedad más diverso, en la medida en que se considera a la sociedad como un evento contingente. En síntesis, el recorrido por el primer capítulo trata de explicar por qué establecer discursos inmanentes implica contradicciones con las lógicas propias de la sociedad, trayendo consigo un conflicto irreconciliable. Las teorías del marxismo nos ayudan a comprender por qué las teorías ortodoxas no funcionan en todos los campos que enmarcan lo social, pero también la importancia y la responsabilidad de fortalecer el proyecto ampliándolo a otros campos. Sorel es el marxista que nos permite avanzar en el fortalecimiento de lo que Laclau y Mouffe llaman la nueva izquierda.

Después de evidenciar aquellas instancias teóricas del marxismo tradicional y de cuestionar algunas de sus vertientes, surgen algunas conclusiones que se deben analizar en el segundo capítulo, una de ellas, es que la sociedad no puede estar limitada a un único discurso que controle y regule todo lo que hace parte de su esfera social. El segundo punto nos lleva a concluir que estos tipos de discursos son hegemónicos en la medida en que son discursos cerrados y unívocos. Por ello, es importante conocer más a fondo lo que implica la hegemonía en la sociedad, y

cuál es su relación con los antagonismos en el marco de la resistencia que ejerce este último a la hegemonía.

Así, se estudiará la hegemonía como una noción que nos permite establecer tipos de relaciones entre los grupos que tienen el poder del Estado, a saber: de las instituciones, pero también de los antagonismos que son el resultado de la resistencia a estos poderes. Es decir, que la sociedad está conformada por un tipo de discurso por el cual se rigen las instituciones, y por los antagonismos sociales que en su calidad de movimientos resisten al discurso hegemónico. También, se analizará la tensión que ejerce en la sociedad estas dos fuerzas que son contrarias en cuanto al papel que desempeñan. Entonces, se establecerá que el discurso representa la idea de totalidad de lo social, sobre la base de que todos son iguales, teniendo a su vez su contradictor en la práctica que niega este principio del discurso.

Asimismo, se concluirá que el discurso hegemónico es aquel que pretende controlar todas las identidades que se establecen dentro de un espacio político y económico. Este es uno de los grandes aportes de Laclau y Mouffe, los cuales evidencian a una sociedad que es explotada económicamente pero que también es sobredeterminada por el discurso. Y en esta medida se trazará el aporte de Laclau y Mouffe al determinar que la sociedad no está sujeta a un plano puramente economicista, sino que también lo está en el plano discursivo. Este plano discursivo enmarca una serie de factores diferentes al político y el económico a saber: el cultural. Es allí, en la sobredeterminación de la sociedad que surgen los movimientos emergentes, como resultado de la crisis de identidad que causa el discurso dominante.

También ubicaremos los elementos propios de lo social y su esencia basada en la contradicción, explicando que la contradicción es el resultado de las tensiones constantes entre la hegemonía y los antagonismos. Así, se irá desarrollando la idea de la pluralidad como un eje central en la propuesta de democracia radical. La pretensión de esta breve introducción es convencer al lector de la importancia de pensar la diferencia en el marco de una democracia radical, a partir de una serie de fundamentos teóricos que se estudiarán en cada uno de los capítulos. Así, el

segundo capítulo mostrará que hay identidades que necesitan un espacio real de expresión dentro del campo social. Por ello, señalaré que la democracia radical propuesta por Laclau y Mouffe es la que permite el campo real de expresión de las identidades.

El tercer capítulo mostrará que, a partir del recorrido realizado por las teorías marxistas y su fundamentación teórica, existe en primera instancia la necesidad de fortalecer el discurso de la izquierda, para así pensar la contingencia. Ahora, en este punto jugará un papel relevante el liberalismo, ya que para Laclau y Mouffe el liberalismo en tanto defensor de los derechos individuales, puede ser, desde una nueva interpretación el defensor de los derechos colectivos. Para esto, como segunda observación habrá un desligamiento de la teoría liberal con el capitalismo, pues los autores consideran que el capitalismo se ha excusado en las teorías modernas para adoptar una política de acumulación de las minorías por encima del bienestar colectivo.

Se estudiará el sistema de equivalencias y su importancia en cuanto a la expansión de las identidades. Así, este sistema tendrá como propósito establecer el reconocimiento político y la defensa de todo lo que hace parte de lo social. Lo anterior, sobre la base de un aparato político enmarcado en la defensa de las identidades como grupos que conforman colectivos, a saber: las mujeres, los homosexuales; etc. En síntesis, en la democracia radical es indispensable pensar el sistema de equivalencias, pues este ha de tomar la teoría liberal moderna para repensar la idea de los derechos colectivos. Así pues, estos autores nos mostrarán que no sólo el proyecto de democracia radical garantiza la defensa de los derechos, sino que tiene como objeto la consolidación de los nuevos derechos al pensarlos como colectivos.

Lo que se pretenderá con este capítulo es resaltar la democracia radical, sobre la base de una nueva lectura del liberalismo que tendrá como objeto el bienestar de cada una de las identidades que hacen parte de lo social. Así, ya no se hablará de un único discurso sino de múltiples discursos que hacen parte de un proyecto político, social y cultural. A su vez, estos autores proponen la

reestructuración de la izquierda en una nueva izquierda donde la teoría no sea un factor limitante. En resumen, se demostrará que la democracia radical amplía la posibilidad de expresión de los movimientos sociales y evita la consolidación de grupos hegemónicos.

Finalizando, la propuesta de Laclau y Mouffe conducirá al lector a pensar y defender una revolución basada en principios democráticos. Esta revolución ha de ser por la transformación de la izquierda tradicional en una nueva izquierda. La revolución democrática no elimina, por el contrario, transforma las teorías adaptándolas a las dinámicas sociales que son finalmente las que hay que defender y proteger. Así, se consolida un socialismo más comprensivo y más realista al unir dos teorías que parecían distantes en pro de la protección de los derechos colectivos. Este trabajo mostrará que el cambio es posible en la medida en que se tengan las herramientas teóricas correctas. Las identidades han de estar sujetas a los principios enmarcados en una democracia radical, donde los derechos colectivos serán el constituyente primario de la sociedad y la política.

Capítulo I

La consciencia de clase y la fundamentación teórica del proletariado

El primer capítulo del presente trabajo tiene como objeto abordar las discusiones teóricas y políticas de los debates que han absorbido la izquierda contemporánea, desde autores como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, más específicamente de su trabajo: *Hegemonía y estrategias socialistas hacia una radicalización de la democracia*. Con ello, se hará un rastreo de algunos teóricos del marxismo del siglo XIX y mediados del siglo XX. Esto permitirá comprender por qué es necesaria la propuesta de democracia radical en estos autores. Sobre esta base, se hace necesario rastrear las propuestas del marxismo en Karl Kautsky, Gueorgui Plejánov y Georges Sorel, propuestas que permiten identificar cuales fueron aquellas instancias que no se contemplaron en sus teorías y que fueron retomadas por autores posteriores, para dar un sentido mucho más amplio al problema de lo social. Por otra parte, se intentará mostrar que las teorías de los autores anteriormente mencionados son teorías hegemónicas desde la perspectiva de Laclau y Mouffe.

1.1 Kautsky y el problema de la unidad proletaria

El primer análisis que se hará del marxismo inicia con Karl Kautsky. Este autor presenta una unidad indiscutible entre teoría, historia y estrategia como punto inicial para la toma del poder político de la clase obrera. Toma de poder determinada por la relación entre lo económico y político. Estos elementos se encuentran anudados en una sola lucha, en tanto que lo económico requiere una serie de derechos políticos cuya solidificación implica la vigorosa acción política. Para Kautsky “La unidad de la clase obrera es el punto de partida: es por un cálculo económico que la clase obrera lucha en el plano político” (Laclau & Mouffe, 2005, p.11)

La unidad de la clase obrera en Kautsky consiste básicamente en la constitución de un partido que luche ante las diferencias económicas evidenciadas

en las sociedades capitalistas. El periodo de industrialización de Europa desde mediados del siglo XVIII y todo el siglo XIX, trajo consigo la concentración de riquezas, y un avance progresivo de la pobreza de las mayorías que dependían de las grandes fábricas para subsistir. Por esta razón, es importante en Kautsky conformar un partido que organice los sindicatos con un objetivo económico, pero también político “esto supone la subordinación de la lucha económica a la política y, por tanto, de los sindicatos al partido” (Laclau & Mouffe, 2005, p.47). Cabe anotar que la unidad proletaria de Kautsky es el partido, y este ha de constituirse desde la teoría marxista.

La organización partidaria era para Kautsky la única que tenía la capacidad de frenar la pauperización de la clase proletaria. Sin embargo, la organización partidaria solo era posible simplificando las diferencias a un momento específico, según Laclau y Mouffe ese momento específico era detener el avance progresivo del capitalismo. La lucha económica es también una lucha política en este autor, en la medida en que detener el avance del capitalismo implica cambiar todo un esquema político. Así, en Kautsky “Es por un cálculo económico que la clase obrera lucha en un plano político” (Laclau & Mouffe, 2005, p. 41). Sin embargo, Adam Przeworski, considera que el planteamiento de Kautsky respecto al partido es problemático, en la medida en que Kautsky asume que la unidad proletaria es un hecho:

Pareciera que Kautsky haya creído que, hacía 1890, la formación proletaria como clase era un *fait accompli*; ya se había constituido como clase y permanecería como tal en el futuro. Al proletariado sólo le restaba encaminarse a su misión histórica, y el partido debía tal sólo participar en su realización (Przeworski, 1977, p. 7).

El análisis de Kautsky a pesar de ser bastante optimista al considerar una unidad indefinida “era tan sólo la coronación de un proceso histórico muy específico: el de la formación de la clase obrera alemana” (Laclau & Mouffe, 2005, p. 43), la cual estuvo sujeta a una serie de condiciones que así lo permitieron, como lo fue el “fracaso de la burguesía alemana posterior a 1849, que no logra constituirse como fuerza hegemónica de un movimiento liberal democrático” (Laclau & Mouffe, 2005,

p. 43). Después de conocer las intenciones de Kautsky con la conformación del partido obrero, Laclau y Mouffe hacen una revisión minuciosa de los postulados teóricos de este, para entender por qué el marxismo se convierte en una ortodoxia marxista.

Como habíamos mencionado anteriormente, Kautsky concibe una unidad sobre la base de una lucha específica, la cual se centra en un asunto puramente económico. Asimismo, hablamos de marxismo ortodoxo por el radicalismo de este autor al rechazar cualquier postura que pretenda la conformación de un frente popular. Para Kautsky el frente popular implica la ruptura de la unidad que se pretende establecer con el partido. Razón por la cual cualquier persona que pertenezca al partido socialdemócrata en Alemania, hace parte de la apuesta por el poder político de la clase obrera, entre estos, los intelectuales. En síntesis, Kautsky es un autor ortodoxo en la medida en que defiende la unidad ideológica en todos los escenarios de lo social. La desconfianza con las alianzas y su necesidad de conformar la unidad hacen de Kautsky un autor ortodoxo:

El partido socialista tiene necesidad de intelectuales, de numerosos intelectuales, pero no puedo acogerlos en las filas como no estén decididos a quemar sus naves y a emprender sin consideraciones la lucha contra la sociedad burguesa. El que no pueda o no quiera que se aparte del movimiento proletario, porque el resultado sería o que el partido socialista le desilusionará o que él haría traición al partido socialista (Kautsky, 2012, p. 328).

Laclau y Mouffe consideran que la idea de una unidad popular representaba para Kautsky la transferencia de intereses de otras clases que podrían destruir todo un proyecto centrado en el poder político obrero. La anterior cita muestra como este autor exige que los intelectuales se adecuen al proyecto y hagan parte del partido bajo esta condición. Asimismo, Kautsky lo manifestaba en los medios de propagación del partido en Alemania: “La propaganda no tendía a la formación de una “voluntad popular” más amplia sobre la base de ganar nuevos sectores a la causa socialista, sino, esencialmente a un reforzamiento de la identidad obrera” (Laclau & Mouffe, 2005, p. 50). Por tanto, no había una expansión del movimiento lo que para el partido socialista alemán implicaría la ruptura del mismo.

Hay otro punto a resaltar dentro de los planteamientos de Kautsky y es que, para él, el partido no debe intervenir directamente en las revueltas populares. Esto evita que otras clases sociales ingresen al partido y de esta forma destruyan su carácter revolucionario:

Kautsky rechazaba con vigor la idea revisionista de un “partido popular”, ya que ella involucraba, según él, la transferencia de los intereses de otras clases al interior del partido obrero y, por consiguiente, la pérdida del carácter revolucionario del movimiento (Laclau & Mouffe, 2005, p. 50).

Aquel radicalismo que manifestaba Kautsky es para los autores parte de una estrategia conservadora que tenía como objeto evitar cualquier tipo de alianza, así como mantener los lineamientos teóricos de la unidad proletaria. Lo anterior conduce al partido a un estado de espera por la revolución, pues al no participar popularmente de las luchas su única alternativa era el aprovechamiento de estas. Kautsky afirma: “Nuestra tarea no es organizar la revolución, sino organizarnos para la revolución; no hacer la revolución, sino aprovecharnos de ella” (Laclau & Mouffe, 2005, p. 51). Es claro que las alianzas no eran un elemento central para Kautsky, debido a las contradicciones en las que el partido estaría sometido al no ser de un carácter puramente proletario. Por esta razón es imposible establecer alianzas democráticas permanentes en este autor. La cita anterior conduce a una especie de oportunismo momentáneo por parte de Kautsky. La razón según Laclau y Mouffe es que las luchas sociales en Alemania eran producto de la insatisfacción con el modelo capitalista industrial, teniendo como resultado un estallido general contra la burguesía.

Ahora, en medio de todo ese cúmulo de frustraciones y desestabilización, el partido socialista alemán estaría listo para tomar el poder, desde sus fundamentaciones teóricas, sin tener en cuenta las prácticas sociales en las cuales se desarrolló o fue posible la toma del poder, y de las cuales el partido no participó. Con Kautsky podemos dar cuenta que las alianzas no representaban ninguna estrategia fundamental en la construcción de un partido socialista. Por lo que, en el contexto alemán, la no vinculación del partido a las protestas sociales terminó en

estallidos espontáneos que no condujeron a una propagación masiva de las luchas y estas se redujeron a instancias temporales.

Concluyendo con este apartado, la censura de Kautsky terminó por debilitar todo un movimiento revolucionario en la medida en que no era permitida una visión más allá de lo que el partido socialdemócrata alemán establecía. El marxismo ortodoxo de Kautsky se debilita al no pensar las discontinuidades propias de su discurso. Por ello, “el problema del marxismo a partir de entonces habrá de ser como pensar las discontinuidades y a la vez, el de las formas de reconstitución de la unidad de los elementos heterogéneos y dispersos” (Laclau & Mouffe, 2005, p.45). Kautsky no identifica la heterogeneidad al establecer un discurso enmarcado en la unidad del proletariado, desconociendo así, la diversidad que existía en el marco de las luchas. Esto lo llevó homogenizar el partido estableciendo criterios radicales a las fuerzas que querían hacer parte de este. Para los autores Kautsky es un primer paso para considerar los elementos del marxismo como una forma de hegemonía, en la medida en que el único plano para establecer sistemas democráticos es el plano económico y el partido.

1.2 Plejánov: otra mira del marxismo ortodoxo

Ahora, Laclau y Mouffe se ubican en la Rusia del siglo XIX y mediados del siglo XX, que contrariamente al caso de Alemania, logra consolidar al partido comunista ruso como único poder político y económico. Uno de los grandes teóricos marxistas rusos fue Gueorgui Valentínovich Plejánov. Plejánov al igual que Kautsky da cuenta de un avance progresivo del capitalismo, que para el contexto ruso era un avance que carecía de burguesía, consideración que pone en interpretación las teorías marxistas y sus formas en determinado contexto; en el caso de Rusia hay un salto del feudalismo y las políticas Zaristas al socialismo:

El incipiente desarrollo del capitalismo en Rusia no había creado una civilización burguesa; de ahí que sólo por comparación con el desarrollo capitalista de occidente pareciera posible desentrañar el sentido de la realidad rusa [...] De ahí que el papel de la teoría tuviera en Rusia una importancia incomparablemente más alta que en occidente (Laclau & Mouffe, 2005, p. 52).

Según Plejánov esta transición en la cual hay un salto del feudalismo al Estado socialista rompe las leyes necesarias de la historia que establecen primero un Estado burgués y posterior a este, el socialismo. De ahí que Laclau y Mouffe sostengan que estas leyes de la historia no sean universalmente válidas, en la medida en que el contexto sea el que determine la validez de las leyes. Plejánov da cuenta de este problema teórico y trata de establecer nuevas posturas que de alguna manera interpreten el salto que se dio en la Rusia de aquella época. Samuel Barón sostiene que las teorías de Plejánov, en lo fundamental, eran cada vez más estrechas en relación a las teorías occidentales, estableciendo relaciones análogas de Rusia con occidente. Esto le permite tener a Plejánov una visión más real de los hechos:

[Plejánov] Se daba perfectamente cuenta de que el marxismo había surgido originariamente en un contexto social muy distinto al de la Rusia contemporánea. Aun así, llegado el momento no vio dificultad alguna en adaptar el panorama ruso. Pues, al tiempo que reconocía que las sociedades de Europa occidental y la rusa diferían enormemente en aspectos fundamentales, creía que la brecha entre ambas estaba estrechándose (Barón, 1976, p. 154).

Para comprender un poco lo que ocurría en la Rusia del siglo XIX, Trotsky en un apartado de su libro *"Historia de la revolución"* expone el problema central que hubo en aquella época y el cual permitió consolidar todo un movimiento en contra del imperio zarista. A principios del siglo XIX este imperio tenía bajo su dominio pueblos ampliamente diversos, el Zar dominaba y controlaba los territorios bajo políticas casi feudales con algunos elementos de modernización. Esta combinación y la crueldad que lo caracterizaba, hizo que el reforzamiento por la oposición al zar creciera:

A principios del siglo, el inmenso Imperio Zarista, que albergaba pueblos y territorios muy diversos, combinaba estructuras políticas, económicas y sociales casi feudales con incipientes elementos de modernización (penetración del capitalismo extranjero, intensa industrialización y explotación de recursos, nacimiento de una clase obrera fabril, desarrollo del sistema financiero). En todo caso, la autocracia de los zares se había convertido en un lastre para el desarrollo de Rusia y los acontecimientos de todo orden (guerras en el exterior, crisis económicas, cambios sociales profundos) no hacían más que reforzar a los grupos de oposición zarista (Trotsky, 2008, p. 3).

La oposición que crecía en Rusia debido a las políticas del Zar, evidenciaban la importancia de un partido político que representará al campesinado y al obrero ruso, los cuales reclamaban ferozmente mejoras laborales. Estos escenarios traerían consigo el colapso del imperio Zarista. La situación rusa, aunque tenía elementos semejantes a los de occidente; uno de ellos la explotación obrera, no era dominada completamente por políticas de carácter burgués pues como lo exponía Trotsky era un país feudal.

Según Plejánov Rusia no se correspondía con el marco europeo, lo cual requería un sistema interpretativo que se adecuará a la situación, lo cual exige postular teorías mucho más rígidas que las de Kautsky:

Partiendo de esta base, no es extraño que en Plejánov encontremos una formulación de los principios de la ortodoxia marxista infinitamente más rígida que en Kautsky. Es sabido que a él se le debe la expresión “materialismo dialéctico”, así como el naturalismo radical que habría de conducir a la estricta separación de base y superestructura y a la consideración de la segunda como un conjunto de formas necesarias de la primera (Laclau & Mouffe, 2005, p.53).

Plejánov hace un análisis mucho más estricto basado en una economía que está determinada por las fuerzas productivas (base), donde no intervienen las fuerzas sociales (superestructura), estas últimas como un conjunto de formas que surgen de la relación inicial. En este punto Laclau y Mouffe consideran que Plejánov plantea una especie de jerarquización de instancias. Ya que la *base* es el elemento que alberga todas las instancias sociales. La jerarquización de Plejánov está constituida por 5 aspectos fundamentales:

1) Un Estado de fuerzas productivas; 2) Las relaciones económicas por ellas creadas; 3) el orden socio político que surge a partir de una determinada base económica; 4) la psicología del hombre social, en parte determinada por la economía, en parte por el orden socio-político surgido de la economía; 5) las ideologías diversas que reflejan las características de dicha psicología (Plejánov, 1969, p.80).

El planteamiento de una serie de etapas teóricas planteado por Plejánov era necesario para que el proceso revolucionario en Rusia pudiese ser de alguna manera organizado. El tener un horizonte teórico ampliaba la posibilidad de que los obreros tomaran el poder político y económico en Rusia. Caso contrario en Kautsky el cual considera que el partido social demócrata de Alemania, debía esperar a que el pueblo se organizara y ellos por sí solos tomarán el poder. Después de ello, los marxistas estarían ahí para dirigirlos.

Concluyendo con el apartado referido a Plejánov, Laclau y Mouffe expresan que la propuesta de autores como este, ignora las particularidades propias de lo social, porque al parecer las particularidades son simplemente formas propias del capitalismo que deben ser articuladas. No me detendré en esta afirmación ya que Laclau y Mouffe no desarrollan muy bien la idea de las especificidades, al menos en el libro central de la investigación. La única cita literal respecto a las especificidades es la siguiente:

...de Lenin, pasando por Plejánov como momento central, tiende a borrar el análisis de las especificidades, a mostrar que estas no son otra cosa que formas aparentes o contingentes de una realidad esencial: el desarrollo abstracto del capitalismo, por el que toda sociedad debe pasar (Laclau y Mouffe, 2005, p.53).

En síntesis, Plejánov es un autor que ignora las particularidades de lo social, centrando su teoría en la *base*, a saber: las fuerzas productivas. En este sentido la articulación se presenta al momento de querer reducir el campo de lo social a un problema que, aunque relevante no es lo que compone lo social en su totalidad. Así, se constituye para los autores una teoría marxista pero también hegemónica desde su noción de *base*. Aunque Plejánov se planteó un sistema armonioso que logra comprender la situación tan desfavorable del pueblo ruso respecto al Zar, su propuesta es cerrada en la medida en que reduce la teoría al plano de las fuerzas

productivas, sin permitir un desarrollo parcial de los elementos que componen estas fuerzas.

Las dudas que surgen del párrafo anterior pueden despejarse comprendiendo que, aunque los elementos que hacen parte de lo social convivan en un mismo espacio, no todos aceptan la idea de fuerzas productivas por la reducción que implica el término. Una de las razones a considerar es la siguiente: La mayoría de aquellas sociedades hacen parte de procesos culturales diferentes y en esa medida, pretender la liberación de todo un pueblo regido bajo regímenes feudales, solo con resolver el problema de la tierra y su distribución termina por convertirse en una revolución cerrada. Es decir, en una revolución con un único objeto, en este caso la tierra y su distribución.

1.3 El sindicalismo revolucionario característica práctica de la crisis marxista y las implicaciones de Sorel

La crisis teórica evidenciada en las fundamentaciones marxistas de los partidos obreros, tuvo serias consecuencias en las dinámicas propias de los gremios revolucionarios tales como los sindicatos. A partir del sindicalismo revolucionario, cuyos orígenes se dan particularmente en el periodo de industrialización de algunos países europeos y en Rusia, se constituye otro tipo de crisis del marxismo. George Sorel, Filósofo y teórico del sindicalismo revolucionario, es, según Laclau y Mouffe el ortodoxo que comprende la necesidad de un principio contingente. Esta nueva noción se basa en un esfuerzo por pensar el funcionamiento de las lógicas sociales que no son, nada racionalistas y mucho menos materialistas. Sorel basa sus principios contingentes en el tipo de cualidades morales que permite que las sociedades permanezcan unidas. Sin más, habrá de renunciar al mecanicismo histórico, el cual condiciona las prácticas sociales a una linealidad que subyace en autores como Kautsky y Plejánov.

Sobre la base de entender cómo funcionan los grupos que enmarcan lo social, Sorel considera que un principio básico de las sociedades es que siempre se hallan en constante cambio, por ello, no todas las teorías sirven a los diferentes

contextos cuya esencia es un dinamismo que no permite los determinismos. Sobre las consideraciones anteriores, Laclau y Mouffe conciben que para Sorel no es el marxismo un devenir histórico sino una teoría de los nuevos agentes que surgen en el marco social como una constante. En este sentido, Sorel interpreta el marxismo como una nueva metafísica real. “Toda ciencia real, según él, se constituye sobre la base de un soporte expresivo, que introduce en el análisis un elemento de artificialidad” (Laclau y Mouffe, 2005, p.70). El soporte expresivo del marxismo cuyos elementos son principalmente el trabajo y la “mercancía”, omiten el carácter cualitativo del que la sociedad se desprende, en efecto, la artificialidad es un elemento que constituye las relaciones sociales; no se puede pensar que una sociedad sólo actúa sobre la base de un proyecto ortodoxo.

Según Mario Díaz Guerra en su artículo *el pensamiento social de Georges Sorel*. Sorel ubica el sentido de la nueva metafísica real como las costumbres “El hombre no iría lejos en el examen, ya de las leyes de su miseria, ya de la fatalidad [...] si no tuviera la esperanza de triunfar sobre estas tiranías por un esfuerzo a intentar con todo un grupo de compañeros” (Guerra, 1968, p.145). En efecto, las costumbres tienen cierta relevancia en la manifestación social, y más específicamente en el orden de las reformas sociales. Este planteamiento está basado en la observación del comportamiento de los obreros que hacen parte de los sindicatos. En términos de Sorel lo necesario era “una filosofía moral fundada sobre la observación de los hechos que se producían en el sindicalismo revolucionario” (Guerra, 1968, p. 146) Por esta razón, es indispensable entender las identidades como elementos básicos de lo social, las cuales se muestran a partir de sus hábitos y sus relaciones, en este sentido para Laclau y Mouffe las reformas sociales deben enmarcarse considerando la pluralidad.

Otro punto a resaltar, del por qué el proyecto marxista como se ha descrito hasta este momento es inviable, es la noción de universalidad. Esta noción no puede ser fijada a un único momento, como lo fue la idea del poder político y económico para los obreros. En *Contingencia, Hegemonía, universalidad*, Laclau expone que la sociedad está configurada por articulaciones contingentes. Por tanto,

un proceso revolucionario, si se quiere emancipatorio, no es infinito, no es atemporal, en esta medida está sujeto a cambios, y a una serie de directrices por parte de un sector de la sociedad, que puede ser cualquier sector, no necesariamente el partido obrero: "la emancipación universal se logra solamente a través de una identificación transitoria con los objetos de un sector social determinado, lo cual significa que es una universalidad contingente que requiere constitutivamente mediación política y relaciones de representación"(Butler, Laclau, Žižek, 2003. p 56). Lo anterior implica que la universalidad no es un avance por consolidar políticas de homogenización, sino que, por el contrario establecen marcos diferenciales complejos. Por tanto, no podemos hablar de una sociedad única, sino de una sociedad cada vez más compleja, lo cual impide que un proyecto como el marxismo ortodoxo pueda constituirse.

Siguiendo con el recorrido a Sorel para Laclau y Mouffe, este es un autor que reconoce un orden moral y uno social, regido este último bajo una serie de condiciones jurídicas. Esta división (moral y social) permite entender por qué es importante reconocer que la sociedad está sujeta a contradicciones. Esto nos sirve para establecer la analogía con el partido obrero, las actitudes del obrero y sus comportamientos no son en general los mismos, si bien, hay leyes determinadas por el partido respecto al *qué hacer*, estas leyes no pueden conciliar cierto tipo de actitudes propias del hábito y la costumbre. Esto nos lleva a reflexionar en términos de la revolución, ya que las cualidades morales son fundamentales para la transformación real de las luchas proletarias. Las acciones de los obreros en pro de la revolución están sujetas a un grado superior de cultura moral. Este es precisamente el detonante de Sorel y su diferencia con los demás autores ortodoxos. Sorel es el autor que comprende la importancia de educar y conocer la realidad de la sociedad. Esto implica procesos revolucionarios muchos más efectivos al dar cuenta del tipo de persona que conforma o hace parte del proceso revolucionario.

En resumen, siguiendo el rastreo que hace Laclau y Mouffe a George Sorel no es sólo el análisis científico que unifica al proletariado, sino también, su ideología,

que sería básicamente la cultura moral. Por esta razón, hablar de un campo de leyes objetivas en el marco de la propuesta soreliana no es posible, debido a que las lógicas contingentes no permiten establecer teorías definitivas, tal como se expone en la siguiente cita:

Sorel ha desplazado el terreno en un punto decisivo: el campo de las llamadas “leyes objetivas” ha perdido su carácter de sustrato racional de lo social y ha pasado a ser el conjunto de formas a través de las cuales una clase se constituye como fuerza dominante y se impone al resto de la sociedad” (Laclau & Mouffe, 2005, p.70).

Por lo demás, la propuesta de Sorel tiene que ver con la necesidad de establecer un marco ideológico que unifique el proletariado, estableciendo una relación entre la teoría científica del marxismo y la ideología. La cita anterior nos dice que un partido basado en teorías puramente científicas, tiene como resultado la imposición de un discurso que no reconoce algo más allá de sus propios alcances. La imposibilidad de establecer un marco teórico absoluto nos lleva a plantear la esencia de la sociedad como indeterminada, por esta razón no hay una justificación teórica que evite los fascismos u otro tipo de direcciones.

La contingencia de las sociedades es la imposibilidad de mantener un proyecto como el socialismo o cualquier otro. Sin embargo, las mismas dinámicas contingentes pueden preservar determinado proyecto en la medida en que el proyecto se adapte a los cambios, que para efectos teóricos dejaría de ser un socialismo ortodoxo:

Esta indeterminación no es una insuficiencia de la teoría, ya que esta afirma, precisamente, que la realidad misma es indeterminada y que su unificación depende de las prácticas recompositivas de un *bloc*. En tal sentido, no hay ninguna razón teórica por la cual la reconstitución mítica no pueda avanzar en la dirección del fascismo, pero tampoco ninguna por la que no pueda avanzar en otras direcciones (Laclau & Mouffe, 2005, p. 74)

La indeterminación de lo social es central en Laclau y Mouffe para argumentar las implicaciones de una democracia radical en el marco de la contingencia social. Sin embargo, este es un tema que se profundizará en el tercer capítulo del presente escrito. Finalmente, a partir de comprender la relación ideología-ciencia, Laclau y Mouffe analizan una nueva propuesta sobre el marco de

las nuevas identidades, que no pueden ser fijadas a una sola estructura o modelo teórico.

La propuesta de los marxistas que evidenciamos en este capítulo, aunque trataban de fortalecer todo un movimiento obrero que no fuese direccionado por las políticas de la burguesía, fueron modelos que pretendieron de alguna manera ignorar las identidades presentes en el marco de las luchas obreras. De esta forma, son fijadas a una sola instancia teórica sin tener en consideración sus necesidades. Esta universalización que pretendió el marxismo es articulatoria porque reduce lo social a un solo momento cuyo fin último es la hegemonía. Los partidos marxistas del siglo XIX y XX se caracterizan por la reducción del esquema social. Es decir, que todas las demandas del proletariado son consecuencia de una lucha por el poder político y económico para el bienestar de estas mismas.

En resumen, no todos los problemas evidenciados en los partidos obreros son de carácter político y económico. La noción de hegemonía la cual se analizará en el siguiente capítulo, nos ayudará a entender cuáles fueron esos asuntos que dejaron pendientes los teóricos mencionados anteriormente, con el objetivo de edificar una teoría que pueda representar plenamente el panorama social a través de la noción de democracia radical.

Capítulo II

Más allá de una comprensión ortodoxa de las clases. La hegemonía: una nueva mirada al capitalismo en el siglo XX

En el capítulo anterior, se exponen las condiciones teóricas por las cuales Laclau y Mouffe consideran que las teorías tradicionales del marxismo son ortodoxas y cerradas. Este hecho es para los autores un elemento fundamental, pues la contradicción entre teoría y práctica asume un conflicto con los movimientos sociales externos a los partidos obreros, e incluso contradicciones al interior del partido por su falta de comprensión del sentido revolucionario. Por ello, es importante antes de iniciar con el segundo capítulo retomar a Sorel:

En una revolución- escribe- sólo se produce cambios profundos, durables y gloriosos si es acompañada de una ideología cuyo valor filosófico sea proporcionado a la importancia material de las transformaciones realizadas. Esta ideología proporciona a los actores del drama la confianza que les es necesaria para vencer (Guerra, 1968, p. 144).

Esto nos muestra lo importante que es para Sorel que un obrero se identifique con el partido y el proyecto que se pretenda llevar a cabo, sino se refirma el sentido ideológico la confianza y el esmero que se tiene en el partido entra en crisis. En el primer capítulo se analizaron aquellas circunstancias teóricas que limitaban de alguna manera la revolución, una de ellas la centralidad teórica del partido, otro punto era la incompreensión del proyecto por parte del obrero debido a su falta de educación revolucionaria. Esto tiene como resultado la indiferencia ante las dificultades sociales y de esta forma una serie de imposiciones individuales que terminan por ser contrarias al sentido revolucionario. Allí, se enmarca la necesidad por parte de Laclau y Mouffe de establecer un tipo de teoría que sea capaz de reconocer las distintas ontologías que existen en la sociedad.

Ahora, es necesario resaltar en las lecturas realizadas por Laclau y Mouffe que el marxismo tradicional sirve de base para establecer nuevas teorías que permitan comprender las dinámicas sociales, a partir de la ampliación de sus

postulados teóricos, esta vez, bajo nuevas nociones como lo es la diferencia. Así, las nuevas teorías toman las bases del socialismo, añadiendo categorías que permiten estudiar la sociedad desde sus bases ontológicas.

El socialismo es un primer paso en la transformación de la sociedad, el cual debe ser ampliado y de alguna manera reconstruido, pues este logra romper en un momento de la historia con los postulados que conducían a todas las naciones a adoptar un modelo capitalista. Para el siglo XX, la Unión Soviética fue ese momento que inspiró a nuevos teóricos al lograr establecer el poder político y económico de la clase trabajadora. Este hecho conlleva a las próximas generaciones a pensar que las reivindicaciones sociales desde todos sus matices son posibles. También permite adentrarnos a nuevas ideas como la democracia radical, noción postulada por Laclau y Mouffe que funda un nuevo criterio de democracia sobre la base de señalar problemas teóricos, como la noción de hegemonía y lo que se desprende de esta, a saber: la complejidad social, la relevancia de la autonomía y los antagonismos, factores que analizaremos en lo corrido de este capítulo.

2.1 La Hegemonía y la imposibilidad de lo social

El concepto de hegemonía es una construcción del filósofo Antonio Gramsci que nos permite comprender la realidad social, y de esta forma establecer marcos teóricos para pensar la política en términos de un socialismo que contemple la democracia. Es decir, un socialismo que ha superado el racionalismo señalado en el primer capítulo. Así pues, la hegemonía hace necesaria la contingencia como una constante social. Mirta Giacaglia en su lectura de Gramsci postula la siguiente consideración de la categoría de hegemonía: “La categoría de hegemonía plantea el tema de la contingencia dentro de la historia, constituyendo de esta manera un aporte fundamental para reflexionar acerca de nuestra compleja realidad” (Giacaglia, 2002, p. 154). A través de la hegemonía comprendemos la sociedad y sus distintas articulaciones producto de la contingencia y no de la universalidad de la teoría:

La reformulación del marxismo en torno a una teoría de la hegemonía requiere por una parte determinar cuáles son las posicionalidades de cuya articulación depende una transformación histórica [...] y, por otra, entender dichas articulaciones como formas históricas concretas y sobredeterminadas, y no como etapas predeterminadas [...] resultado del despliegue de leyes de la historia (Giacaglia, 2005, p. 152).

Este análisis permite entender la sociedad a partir de las subjetividades que se enmarcan en los procesos de articulación mediados por la sobredeterminación del discurso (la noción de sobredeterminación se expondrá brevemente más adelante). La categoría de hegemonía en Gramsci es necesaria para pensar acerca de la complejidad de la sociedad y los tipos de dominación que pueden darse en los países que han adoptado el capitalismo. Las nuevas formas de operar del capitalismo son las que exigen una nueva noción dentro del marxismo y de esta forma reconocer la inviabilidad que tiene una revolución como la de octubre “Gramsci reformuló el concepto de hegemonía para reflexionar acerca [...] de la dominación de la burguesía en Europa occidental, que hacía inviable la repetición de la revolución de Octubre” (Giacaglia, 2002, p.152).

Ahora, una lectura de la categoría de hegemonía en Gramsci conduce a Laclau y Mouffe a señalar que el marxismo tradicional es teóricamente una hegemonía. Para los autores el marxismo tradicional es de carácter hegemónico al dirigir la sociedad en pos de un proyecto económico y político, donde el obrero es el único que constituye lo social. Los autores consideran el siglo XIX como aquel momento histórico en que los obreros pretenden la toma del poder.

Sin embargo, la toma del poder resulta hegemonizante en la medida en que no logran establecer un marco político más allá de su particularidad. Se muestra así el carácter incompleto de lo social. Esto quiere decir que a pesar de que el partido socialista tome el poder político y económico, no logra satisfacer las necesidades de todas las identidades que hacen parte de la esfera social. Lo anterior, es la consecuencia de unas teorías enmarcadas sólo en la lucha obrera, como las evidenciadas en el primer capítulo. Para los autores esta tensión constante entre lo que quiere el partido y las necesidades de las identidades, sirve análogamente para

explicar las articulaciones discursivas del Estado en relación con las comunidades sujetas al poder de este.

Sobre lo expresado anteriormente podemos concluir que todas las identidades están regidas por una serie de prácticas determinadas por los sujetos que tiene el poder institucional. Es importante resaltar que el agente institucional hegemónico es exterior a los elementos que pretende hegemonizar. Aquí ubicamos el discurso, utilizado por el agente institucional como máxima autoridad en relación con los otros discursos existentes. La siguiente cita nos ayuda entender el tipo de relación discurso hegemónico vs otros discursos:

Se trata, por tanto, de la exterioridad existente entre posiciones de sujeto situadas en el interior de ciertas formas discursivas, y “elementos” que carecen de una articulación discursiva precisa. Esta ambigüedad, es la que hace posible a la articulación como institución de punto nodales que fijan parcialmente el sentido de lo social, en un sistema organizado de diferencias (Laclau & Mouffe, 2005, p. 179)

Es posible a partir de la cita anterior señalar algunos eventos que permiten identificar la hegemonía. En primer lugar, cuando hay una posición antagónica que resiste a aceptar las condiciones del discurso. Seguidamente los procesos de articulación dominante que determinan el sentido de la sociedad a través de relaciones ambiguas en sus enunciados, en este sentido, hay hegemonía sólo cuando hay resistencia o antagonismo en un discurso totalizante: “La razón es que, para hablar de hegemonía, no es suficiente el momento articulador; es preciso, además [...] un enfrentamiento con prácticas articuladoras” (Laclau & Mouffe, 2005, p. 179). Acá se señala la confrontación entre la hegemonía cuyo objeto es la articulación de la sociedad a su discurso, y los antagonismos que resisten de alguna manera a ser absorbidos.

El escenario de articulación entre la hegemonía y los antagonismos, es un escenario de constitución de los antagonismos, pues allí, se afirma la presencia de un elemento externo al discurso totalizante. Esta relación llamada por Laclau la subversión, es la que imposibilita que un discurso homogenizante se constituya plenamente. En *Nuevas reflexiones sobre la Revolución de nuestro tiempo*, Laclau expone la subversión como un juego constante entre lo contingente y lo necesario.

Este juego nos permite entender por qué los antagonismos no pueden ser reabsorbidos por la hegemonía:

Este doble juego de subversión mutua entre lo contingente y lo necesario [...] afirma el carácter constitutivo del antagonismo, no implica por lo tanto remitir toda objetividad a una negatividad que reemplazaría a la metafísica de la presencia en su papel de fundación absoluta, ya que esa negatividad solo es concebible, precisamente en el marco de la metafísica de la presencia (Laclau, 1993, p.44).

Esta cita responde al problema de la constitución del antagonismo, pues existe una amenaza a ser reabsorbido por la objetividad al punto de establecer relaciones de homogenización. Para argumentar la imposibilidad de la reabsorción de la negatividad, el autor aclara que la negatividad no puede ser entendida desde el punto de vista dialéctico. Es decir, una negatividad que ha de ser reabsorbida por un sistema unitario: “La noción hegeliana de negatividad es la de una negatividad necesaria, es decir, que lo negativo es un momento del despliegue interno del concepto y que está destinado a ser reabsorbido” (Laclau, 1993, p. 43). Desde el punto de vista dialéctico la negatividad hace parte de la unidad superior al ser necesaria. Laclau considera que la negatividad no puede ser concebida como la necesidad en términos dialécticos, sino como una subversión de la unidad superior, en este caso de la universalidad pretendida por la hegemonía.

En síntesis, el antagonismo presupone una amenaza a toda objetividad constituida, para que la amenaza exista hay necesariamente una afirmación de la existencia del antagonismo, el cual es externo a la objetividad plenamente constituida. Así, el juego del que se hace mención en la cita inicial, radica en que mientras la amenaza de la diferencia esté presente en toda objetividad, no hay posibilidad de sutura, pues la diferencia no se establece como necesaria, sino que está de facto constituida. La subversión es la que establece la exterioridad de la diferencia y la imposibilidad de ser reabsorbida por la objetividad. Por tanto, todo antagonismo es constitutivo: “No es posible amenazar la existencia de algo sin afirmar esa existencia al mismo tiempo” (Laclau, 1996, p.44). Esta es la razón por la cual el antagonismo no será articulado por el discurso hegemónico.

Pasando a otro punto, la hegemonía es también aquella que se consolida en algunos puntos nodales que no son otra cosa que “puntos que fijan parcialmente el sentido de lo social” debido a su capacidad articuladora” (Laclau & Mouffe, 2005, p. 179). A pesar de que el discurso fija un sentido parcial de la sociedad, en la práctica no se consolida un sistema cerrado de diferencias, debido a que se encuentra con los antagonismos que a diferencia de los sujetos dispersos en los puntos nodales, los antagonismos son una fuerza sólida que comprende la diferencia y reclama la ruptura con la hegemonía. La contradicción entre la hegemonía y los antagonismos se da principalmente por un choque con las ontologías propias de cada identidad. Esto da lugar a una constante contradicción entre estos dos grupos.

La relación que se pretende consolidar entre la hegemonía y los puntos nodales, es una relación aparente, puesto que no es una relación que cubra las necesidades propias de los elementos articulados. En este punto es importante recordar a Gramsci quien nos dice que las contradicciones que padece una sociedad terminan en “una coyuntura en la que se da un debilitamiento generalizado que define las identidades de un cierto espacio social o político” (Laclau & Mouffe, 2005, p.180), a saber: una **crisis orgánica**. La crisis orgánica ocurre cuando la red articuladora que fija parcialmente el sentido se rompe, debido a que entra en contradicción con un grupo que empieza a establecer su propio discurso rechazando la articulación. La ruptura es dada por temas como la explotación, agresión y pobreza de unos muchos para favorecer las condiciones de otros tantos.

En tal sentido, podemos ubicarnos nuevamente en el problema de las clases, ya que volvemos a retomar el problema de la economía como un tema fundamental en las luchas. Es decir, y para finalizar con este punto, que las teorías del marxismo son teorías válidas en la medida en que expresan la necesidad de cambio respecto a las mejoras laborales para los obreros y el campesinado. Adicionalmente, es importante entender la diferencia ontológica como parte fundamental de lo social. Tenemos, por consiguiente, con Laclau y Mouffe un objeto de estudio más amplio de la sociedad.

2.2 La importancia de la autonomía y la incompreensión de lo social de las instituciones

Otro punto que sale a relucir de gran relevancia es la autonomía de los movimientos sociales. Estos pueden expresar sus insatisfacciones sin la necesidad de hacer parte de algún grupo político. Para Laclau y Mouffe la autonomía permite consolidar la necesidad real de cada movimiento social, llevándolo hacia una coyuntura con las relaciones hegemónicas, pues estas solo se basan en una aparente objetividad desde el discurso u “objetividad” discursiva. Es allí, donde nacen los antagonismos como fuerzas capaces de evitar que las políticas hegemónicas parcialicen la sociedad.

La hegemonía como marco político-legal que regula y controla todo lo que se encuentre dentro de sus esferas, tiene en su interior una serie de problemáticas que son las que posibilitan la consolidación de los antagonismos. Una de ellas es su falta de comprensión e indiferencia de lo que controla y regula, a saber: los homosexuales, las mujeres, las personas afro, etc. La hegemonía al no tener comprensión de los marcos diferenciales o de la diferencia lleva a sociedades enteras a un campo de sobredeterminación. Es decir, definir la diferencia a partir de su idea de homogenización de lo social y asignarles un rol casi que histórico y cultural. Por esta razón, el campo de la sobredeterminación es el campo de la discursividad:

Laclau y Mouffe favorecen una concepción de la sobredeterminación como un proceso que ocurre en el campo de la representación simbólica, es decir, en el campo de la discursividad. Sostener, como lo hicieron Laclau y Mouffe que la realidad es siempre sobredeterminada y que como tal pertenece al campo simbólico consistía en una intervención intelectual desestabilizadora de las formas reduccionistas de la teoría marxista ortodoxa, que se hayaba limitada por su economicismo (Valenzuela, 2015, p. 40).

Pensar la sobredeterminación desde el punto de vista de la teoría post-marxista es el gran aporte de estos autores a las teorías del siglo XIX. Como hemos visto en la cita, los marxistas ortodoxos solo estaban enfocados en el plano economicista haciendo de la complejidad de lo social un solo escenario. Así, comprender la sobredeterminación como un elemento más de lo que implica el

campo social, es entender la crisis de las identidades sociales producto de una construcción discursiva. En esta situación de crisis emerge una contradicción entre las prácticas sociales y el plano discursivo propuesto por la hegemonía. Esta contradicción permite consolidar nuevos espacios, que albergan los marcos sociales que hacen parte de las identidades que rechazan las políticas institucionales o hegemónicas. Es allí donde se presenta una nueva idea de unidad como un frente sólido que no permite ser absorbido por las dinámicas propuestas por los poderes hegemónicos. Estas superestructuras Estado/sociedad “distinguen dos esferas esenciales: por una parte, la de la sociedad política, que agrupa el aparato del Estado; por otra, la de la sociedad civil, es decir, la mayor parte de la superestructura” (Portelli, 2003, p.12). Esta distinción entre las esferas que coexisten en un mismo espacio consolida lo que Gramsci nombra el Bloque histórico.

Ahora, lo que va discutir Laclau y Mouffe es que precisamente esas agrupaciones antagónicas que hacen parte del bloque histórico, y que consolidan en Gramsci la mayor superestructura establecen también otro tipo de hegemonía. Es decir, que, dentro de la sociedad civil la cual conforma los antagonismos se constituyen posiciones hegemónicas. Así lo plantean en la siguiente cita: “en la medida en que consideremos al bloque histórico desde el punto de vista del campo antagónico en el que se constituye, lo denominaremos formación hegemónica” (Laclau & Mouffe, 2005, p.180). Esta formación hegemónica es según Laclau y Mouffe el resultado de una guerra de posiciones en el campo de los antagonismos. En este espacio se pretende imponer uno de los grupos que conforman los procesos de resistencia al aparato político institucional. Lo anterior supone las fronteras que existen entre un antagonismo y otro, en este sentido Laclau y Mouffe confirman la imposibilidad de lo social poniendo de referente las teorías de Antonio Gramsci:

El primero es confirmar la imposibilidad de cierre de lo social: en la medida en que la frontera es interna a lo social, es imposible subsumir la formación social como referente empírico en las formas inteligibles de una sociedad. Toda “sociedad” constituye sus propias formas de racionalidad e inteligibilidad dividiéndose: es decir, expulsando fuera de sí todo exceso de sentido que lo subvierta (Laclau & Mouffe, 2005, p. 180).

Los autores comprenden dos elementos básicos del análisis social, a saber: Es imposible pretender un sentido general entre las diferentes ontologías, de ser posible, no habría una guerra de posiciones. Esto nos permite deducir que no se puede expresar la sociedad civil como un único antagonismo. Otro factor es la formación hegemónica propia de los antagonismos en su necesidad de subsumir otros grupos. En Síntesis, la diferencia de lo social según los autores, no permite fijar marcos teóricos generales que pueden comprender las dinámicas sociales. Lo que implica un entendimiento y un conjunto de experiencias que en la práctica difieren, a pesar de unirse para resistir al control de los poderes hegemónicos.

Lo anterior es una crítica que hace Laclau y Mouffe a la guerra de posición en Gramsci, pues él acepta la idea de sacrificar un grupo dentro del marco del antagonismo para evitar la propagación de los poderes hegemónicos. Para Gramsci la guerra de posiciones supone un avance en la expansión de un tipo de sociedad, terminando por aceptar que un grupo subsuma y altera los procesos de otro. Laclau y Mouffe rechazan la naturalidad con la que Gramsci pretende resolver la situación en la guerra de posiciones, “este es el punto en que la concepción gramsciana resulta inaceptable” (Laclau & Mouffe, 2005, p.181). Los autores creen que Gramsci establece una especie de esencialismo, al considerar una unidad absoluta de los antagonismos, justificando así la expansión de las formas que convengan a los fines propios de una de las identidades.

Contrario a las consideraciones de Gramsci respecto a la hegemonía, para Laclau y Mouffe esta es simplemente un tipo de relación que no necesariamente implica la unicidad de la sociedad civil. Para ellos la hegemonía es una de las tantas formas en que se comprende la política. De hecho, según sus postulados no solo hay una formación hegemónica, puede haber varias en un mismo espacio y cada

una de ellas pretenderá reducir a las otras al considerar totalizarlas. Este factor siempre será una constante de cada tipo de sociedad. “hegemonía es, simplemente, un tipo de relación política; una forma, si se quiere, de la política; pero no una localización precisable en el campo de una topografía de lo social” (Laclau & Mouffe, 2005, p. 183).

Finalmente, el plantear la totalidad de lo social resulta complejo pues esto implica hablar de una sola ontología, lo cual en la vida social es la anulación de la diferencia o la imposición discursiva de determinado grupo. También se concluye que no hay un único centro hegemónico en la medida en que no es solo el Estado el que pretende subsumir las identidades. Ya lo decían los autores anteriormente, “en la medida en que lo social es una infinitud irreductible a ningún principio unitario subyacente, la mera idea de un centro de lo social carece de sentido (Laclau & Mouffe, 2005, p.183).

2.3 La complejidad de lo social y el camino hacia la democracia radical

En los postulados de Laclau y Mouffe es necesario comprender la complejidad de lo social. Con ello se evita caer en afirmaciones que no corresponden en su totalidad con la realidad, un ejemplo de ello son las teorías del marxismo ortodoxo. Estas en su momento no desarrollaron teorías que procurarán la participación de las identidades que hicieron parte del proceso revolucionario. Ya que para esa época la contradicción principal era la violenta explotación de las clases pobres.

Con la anterior afirmación podemos comprender a grandes rasgos la implicación del antagonismo en la sociedad. Para Laclau y Mouffe los antagonismos son la imposibilidad que tiene la hegemonía de establecerse plenamente. Los antagonismos configuran la NEGATIVIDAD que logra una forma de presencia en las dinámicas sociales, evitando así, la consolidación de un único discurso. Esta tensión entre las dos fuerzas conduce a una resistencia de los antagonismos, producto de un evento negligente de la hegemonía, pues esta no opta por establecer una serie de condiciones que suplan las necesidades de la negatividad. Esto

conlleva a una serie de detrimentos sociales evidenciados en la represión de algunas identidades, que rechazan de manera directa un tipo de discurso que pretende subsumirlos. Las prácticas de los antagonismos evidencian la falta de objetividad en el discurso hegemónico al anular la diferencia como parte de lo que constituye lo social:

Ciertas formas discursivas, a través de la equivalencia, anulan toda la posibilidad del objeto y dan una existencia real a la negatividad en cuanto tal. Esta imposibilidad de lo real- la negatividad- ha logrado una forma de presencia. Es porque lo social está penetrado por la negatividad (Laclau & Mouffe, 2005, p.172).

Cuando los autores afirman que lo social está penetrado por la negatividad es que no es posible establecer un orden de la sociedad único, siempre estará latente un movimiento social que rechace determinado orden. No es posible en medio de las identidades que enmarcan lo social, establecer un único discurso que represente y defienda las necesidades de todos los que pertenecen a un sistema determinado. En tal sentido, siempre se instaurará la negatividad o los antagonismos como una relación de “subversión recíproca de sus contenidos” (Laclau & Mouffe, 2005, p.172). Esto es la desestabilización constante entre la negatividad respecto a la positividad o el Estado, situación que conduce a los autores a afirmar que la sociedad se constituye bajo un tipo de relación imposible entre antagonismos y hegemonía.

Los procesos de subversión como se mencionaba anteriormente, son las formas por las cuales los antagonismos evitan ser subsumidos por los contenidos de la hegemonía. Al parecer no es posible eliminar esta condición de la sociedad, por tanto, la esencia de lo social esta permeada por las lógicas de negación, esto es, por la constitución de antagonismos: “Cualquier posición en un sistema de diferencias, en la medida en que es negada, puede constituirse en sede a un antagonismo. Con esto está claro que hay una multiplicidad de posibles antagonismos en lo social, muchos de ellos, de signo contrario” (Laclau & Mouffe, 2005, p.174). Así, es posible pensar que la subversión puede darse de múltiples maneras, pues están ligadas a las necesidades del antagonismo ya constituido o

que está emergiendo, la subversión es también parte de la contingencia y autonomía de los distintos grupos.

En el análisis por tratar de comprender la complejidad de lo social, evidenciamos un principio basado en su autonomía: “En tal sentido, la autonomía de los movimientos sociales es algo más que un requerimiento para que ciertas luchas puedan desarrollarse sin interferencias: es un requerimiento para que el antagonismo como tal pueda emerger” (Laclau & Mouffe, 2005, p.176). Un ejemplo de ello, son las luchas feministas y las luchas antirracistas. Según los autores estas luchas, aunque tienen un lugar en el interior de un conjunto de prácticas sobredeterminadas, tienen la necesidad de desligarse del discurso que las sobredetermina. De esta forma, es posible erradicar aquellos imaginarios discursivos que legitiman la discriminación:

Esto explica por qué, cuando las luchas sociales no se dirigen contra objetos constituidos dentro de un espacio propio sino, contra simples referentes empíricos – los hombres, o los blancos como referentes biológicos, por ejemplo- se encuentran en dificultades, ya que ignoran la especificidad de los espacios políticos en los que se constituyen los otros antagonismos democráticos (Laclau & Mouffe, 2005, p. 176).

Otro punto a resaltar es que los escenarios de lucha, como los mencionados en el párrafo anterior son según los autores, escenarios más amplios y diversos en relación con las luchas proletarias del siglo XIX y principios del XX. En este punto, podría pensarse que las luchas proletarias clásicas constituyen una parte de la protesta social pero no la totalidad. Por consiguiente, los nuevos antagonismos implican la ampliación del movimiento social pasando de las luchas económicas, a las luchas económicas, pero también de identidades. Se exige así, una contextualización de las teorías del marxismo, donde se analizan las reivindicaciones más allá del campo político y económico.

Podemos identificar que no es posible establecer marcos fijos para el control y regulación de la sociedad. Y que el socialismo a pesar de establecer otro tipo de marcos diferentes al de la burguesía, opta por hacer de la teoría un legado permanente sin adaptarla a la contingencia propia de los acontecimientos históricos.

Quisiera en este punto enfatizar por qué la teoría no puede ser un legado permanente. Ernesto Laclau en su libro *Emancipación y diferencia* expone que: “Lo universal es el símbolo de una plenitud ausente, y lo particular sólo existe en el movimiento contradictorio de afirmar una identidad diferencial y, al mismo tiempo, de anularla a través de su inclusión en un medio no-diferencial” (Laclau, 1996, p. 57). Esto significa que lo universal hace parte de las identidades sociales. La razón más significativa que expone Laclau es que una identidad se diferencia de las otras, cuando un campo global de la sociedad reafirma su diferencia. Así, esta identidad inicialmente no constitutiva se afirma en la sociedad, no por apartarse de esta e imponer un nuevo orden, sino por establecer criterios coherentes que le permitan su participación. Un ejemplo que nos permite dar claridad a lo anteriormente expuesto es la defensa de los derechos de la mujer posteriores a la revolución francesa, allí, no se dictaminó un rechazo a los derechos de la población por considerarlos estrictamente masculinos, sino que contrariamente, se exigió la vinculación de la mujer en la declaración de los derechos ciudadanos:

Mary Wollstonecraft [...] no presento la exclusión de las mujeres de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano como prueba de que estos últimos eran derechos intrínsecamente masculinos, sino que intentó, por el contrario, profundizar la revolución democrática mostrando la incoherencia de establecer derechos universales que sólo se aplicaban a sectores restringidos de la población (Laclau, 1996, p. 65-66).

Lo que prueba Laclau es que la democracia sólo puede expandirse y a esto se refiere con la universalización, cuando existe la reivindicación. Así, las particularidades se expanden en la medida en que las esferas de lo universal establecen las reivindicaciones equivalenciales. Las reivindicaciones equivalenciales son posibles si las sociedades se adaptan y se condicionan según las experiencias concretas de cada particularidad. Laclau nos muestra que la universalidad no tiene connotaciones negativas cuando se rompe con el sentido histórico de su contenido. En síntesis, la universalidad establece el horizonte en el cual las particularidades se expanden, aunque la particularidad y la universalidad son

inconmensurables. No se puede establecer la universalidad, sin una particularidad que la constituya.

Con lo anteriormente expuesto, pensar condicionar a la sociedad a partir de una teoría inmodificable, es caer en un absurdo, ya que la teoría bajo ninguna circunstancia condiciona las dinámicas sociales. Tampoco se trata de abolir todo un sistema, sino de crear condiciones para la habitabilidad de cada una de las identidades, sin imponer condiciones que rompan con sus características ontológicas. Por esta razón, el marxismo analizado en el primer capítulo no es posible, ya que la expansión no hace parte de sus directrices teóricas. La unidad ideológica que se plantearon autores con Kautsky en Alemania o Plejánov en Rusia, son el hecho histórico que lleva a repensar una nueva teoría en la cual comprender las identidades es fundamental. Esto es posible en la medida en que la expansión de los movimientos sociales sea parte de la sociedad global.

Así pues, La democracia radical debe suponer una solución desde su teoría a cada movimiento que emerge en las sociedades. Este asunto se tratará de resolver en el tercer capítulo del presente texto. Allí analizaremos la noción de democracia radical desde los movimientos emergentes y del porqué es necesario erradicar modelos políticos tales como: el liberalismo en función del capitalismo. Se sabe que hubo movimientos que contrarrestaron el avance progresivo del capitalismo, y que, sin embargo, caen en sus mismas lógicas. La democracia radical tendrá que mostrar que es una de las nociones capaz de controlar la idea de dominación desde la hegemonía con el establecimiento de límites:

Si el término “formación social” intenta designar, por ejemplo, de una manera aparentemente neutral, a los agentes sociales que viven en determinado territorio, se plantea inmediatamente los límites de ese territorio. Y aquí es necesario definir límites políticos, - es decir, configuraciones constituidas a un nivel diferente de la simple identidad referencial de los agentes (Laclau & Mouffe, 2005, p.188).

Lo que pretenden los autores es plantear nuevas alternativas en las dinámicas de resistencia que manejan estas dos grandes fuerzas: los antagonismos y la hegemonía. Esto a partir de los elementos dados en el marco de una

democracia radical donde la redefinición de los poderes es fundamental, ya que se necesita un escenario donde todas las identidades tengan participación.

Capítulo III

La democracia radical: teoría alternativa en el marco de las tensiones propias del discurso y los antagonismos sociales

En el análisis del primer capítulo evidenciamos la importancia de revisar los partidos obreros, en la tarea de fundamentar una teoría capaz de resistir al capitalismo en sus inicios. Sin embargo, las teorías de los partidos obreros, especialmente las de Kautsky y Plejánov, no lograron establecer una teoría que permitiera el desarrollo de las identidades sociales como grupos colectivos autónomos. Esto debido a que su fundamentación estaba centrada en la unidad de partido y en el rechazo de posturas teóricas contrarias a las constituidas al interior de este. De esta forma, los partidos obreros a pesar de su intento por resistir al capitalismo, terminaron por convertirse en un marco hegemónico dada la tendencia a imponer su discurso. Según Ernesto Laclau y Chantal Mouffe el socialismo tradicional es un modelo hegemónico en la medida en que no reconoce las identidades externas al proyecto socialista. Por tanto, la finalidad de estos autores es fortalecer la izquierda y tratar de equilibrar el problema de la sociedad en su dualidad entre antagonismos y hegemonía.

Por otra parte, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe rechazan la manera en que el capitalismo se apropia de las teorías tradicionales del liberalismo. Lo anterior, por justificar el progreso económico, que, no obstante, se sustentó en la acumulación de capital de las minorías a costa de la pobreza extrema de las mayorías. El capitalismo justificado en las teorías del liberalismo defiende y protege los derechos individuales por encima de los colectivos. Este hecho es elemental en la propuesta de democracia radical, ya que la democracia surge con el liberalismo y no es posible, por tanto, hablar de democracia sin analizar el liberalismo en la propuesta de los autores. Podemos intuir por lo establecido hasta ahora que Laclau y Mouffe fusionan algunos elementos de la teoría socialista con la teoría liberal.

Lo que ocurre con los tipos de discursos anteriormente mencionados, especialmente el del liberalismo, es que el discurso instaurado por este no corresponde necesariamente con las necesidades de la población a la cual se dirige. La principal noción que se sostiene en el liberalismo es la democracia. Sin embargo, esta noción es amorfa e inestable lo que determina una serie de problemáticas al interior de las unidades discursivas:

En la primera mitad del siglo el carácter amorfo de la “democracia” su ausencia de raíces en las bases económicas de la sociedad, le habrían hecho esencialmente vulnerable e inestable, y no le habrían permitido constituirse en una trinchera firme y permanente en la lucha contra el orden establecido (Laclau & Mouffe, 2005, p.191).

Esta incompreensión de las bases económicas sociales llevó a los grupos dominantes a una especie de colapso manifestado en el poco control que ejercían sobre la población. En este punto se consolida la clase obrera como un segundo momento o una segunda opción para el control y manejo de las cosas que tiene que ver con la institución. Sin embargo, los partidos obreros a pesar de pretender el derrocamiento de la burguesía, establecen un único discurso que no permite el surgimiento de los nuevos antagonismos, ya que todos ellos deben estar inmersos en las disposiciones de los partidos obreros. Por ello, la unidad ideológica de los partidos obreros es contraria a las dinámicas contingentes de los distintos escenarios sociales, los cuales surgen no solamente por un problema de clases.

En los capítulos I y II del presente trabajo se presentan algunos señalamientos hechos por Laclau y Mouffe respecto a los poderes hegemónicos, tales como las instituciones que regulan y controlan todo lo que hace parte de un sistema específico. También se expusieron, especialmente en el primer capítulo, las condiciones por las cuales no fue posible que un proyecto como el socialismo pudiese mantenerse en el tiempo. Una de las causas es la reducción de lo social al plano economicista. A partir de los señalamientos dados por Laclau y Mouffe en los capítulos anteriores, en los cuales se evidencia la imposibilidad de construir un sistema político y social capaz de comprender los diversos fenómenos, es necesario

pensar un modelo teórico sobre la base de los antagonismos sociales y su emergencia.

El capítulo III se centrará en identificar las condiciones de posibilidad de la democracia radical y la importancia que ella tiene en los movimientos emergentes. Antes de esto es necesario entender las consecuencias de adoptar un sistema liberal como el que se dio después de la segunda guerra mundial. De esta forma, nuestro primer momento será la crítica al liberalismo por parte de Laclau y Mouffe, para después exponer la importancia de los movimientos emergentes en el marco de una democracia radical.

3.1 El liberalismo: Un análisis desde la teoría crítica.

El problema con el liberalismo del siglo XX es la defensa de los derechos individuales que en algún momento de la historia fueron defendidos por los autores modernos. Esta noción de liberalismo no es otra cosa que la legitimación de la desigualdad basada en poderes jerárquicos respaldos y representados en la figura del Estado liberal. Este “intenta transformar profundamente los términos del discurso político, y crear una nueva “definición de la realidad”, que bajo la cobertura de la defensa de la “libertad individual”, legitime las desigualdades y restaure las relaciones jerárquicas que las dos décadas anteriores habrían quebrantado” (Laclau & Mouffe, 2005, p. 221). Así, este sistema liberal pretende construir un modelo donde la legitimación de la desigualdad se constituye bajo el amparo del Estado.

La propuesta del liberalismo del siglo XX es volver a esa idea inicial de liberalismo señalada en Locke, el cual consideraba que la libertad es “no estar sometido a restricciones y violencia por parte de otros” (Laclau & Mouffe, 2005, p.15). Para Locke era fundamental el derecho individual para evitar el sometimiento entre los individuos; en esta medida el Estado debía proteger este derecho, lo cual garantizaría la libertad de quienes conformaban un grupo social. Sin embargo, para Laclau y Mouffe el liberalismo de Locke no se corresponde con el liberalismo en el capitalismo. Este utiliza el liberalismo como un instrumento por el cual algunos ejercer su libertad y lo demás deben acoplarse.

El liberalismo tradicional se diferencia del nuevo liberalismo en que este último pretende una participación mínima del Estado en cuanto a relaciones sociales se trata. Al no existir interferencia por parte del Estado no hay límites en los tipos y formas de relacionarse, aumentando así la desigualdad de los distintos sectores. Básicamente la libertad sería para aquellos que logren acumular y adquirir mayor bienestar social a costa del bienestar de otros. Por otra parte, Laclau y Mouffe consideran que el liberalismo tradicional es fundamental en la democracia radical como un elemento que otorga el derecho, pero ya no individual como lo pretendía Locke, sino colectivo.

Otro punto que se debe abordar en el liberalismo es el concepto de democracia. Allí, en el nuevo liberalismo, esta noción se encuentra vacía en la medida en que no representa la libertad como un derecho en el cual ningún individuo puede someterse a otro por acumulación. “En tal sistema la voluntad de nadie puede determinar los ingresos relativos de las diferentes personas” (Laclau & Mouffe, 2005, p. 218). Por esta razón, debe redefinirse el concepto de democracia. Lo anterior, sin caer en el dogmatismo de la izquierda tradicional y sus teorías basadas en argumentos puramente ideológicos. Para Laclau y Mouffe hay que pensar no solo en la superestructura para combatir el liberalismo, sino también pensar en “todo el vasto campo de la cultura y de la definición de la realidad que se elabora a través de ella” (Laclau & Mouffe, 2005, p.219).

Finalmente, el nuevo liberalismo es entonces una forma de represión de las distintas identidades que enmarcan la sociedad, entendiendo por represión la imposibilidad que tiene una identidad de desarrollarse en sociedad desde sus bases culturales. Por ello, es importante establecer una ruptura entre el nuevo liberalismo y la democracia. Los países liberales no son en esencia democráticos para estos autores, porque la libertad individual no debe estar por encima del bienestar colectivo. En este sentido tampoco la administración del Estado que es el regulador de las distintas identidades que hacen parte de la estructura social.

La libertad individual no es el elemento por el cual debe regirse las formas de gobierno. Por ello, la democracia debe ser la oposición al nuevo liberalismo en la

medida en que se “apoya en la igualdad de derechos y la soberanía popular” (Laclau & Mouffe, 2005, p.221). El liberalismo ha encontrado en las teorías modernas una forma de aumentar la desigualdad a través de un discurso casi que caduco por la incomprensión del contexto. En este sentido plantear una división entre el nuevo liberalismo y democracia no es del todo exagerado y sí elemental para comprender la noción de democracia radical.

3.2 El sistema de equivalencias, una nueva propuesta social y política

El sistema de equivalencias se convierte en un mecanismo de control y defensa frente a esta ofensiva que se plantea con el nuevo liberalismo. Este sistema consiste en establecer la construcción social sobre una base diferente a la de la libertad individual. Una de sus formas es expandir los movimientos sociales de tal manera que exista una diversidad de luchas, “[...] la alternativa de la izquierda debe consistir en ubicarse plenamente en el campo de la revolución democrática y expandir las cadenas de equivalencia entre las distintas luchas contra la opresión” (Laclau & Mouffe, 2005, p. 222). Para ello, es importante comprender los profundos cambios por los que debe atravesar la izquierda, uno de ellos es la construcción de las cadenas de equivalencia entre los distintos antagonismos. Es decir, una red donde todos los movimientos sociales están en conexión, evitando así, la constitución hegemónica de un único discurso.

Aunque el sistema de equivalencias pretende la expansión de los movimientos sociales, y en esta medida una nueva noción de universalidad. Algunos autores consideran que no es posible tal expansión. En *Debates y combates por un nuevo horizonte de la política*, Žižek objeta a Laclau afirmando que la cadena equivalencial jamás se amplía. Si la cadena equivalencial no se amplía, la universalidad se convierte en una forma de discurso que destruye todo lo que se opone a esta. Por tanto, no hay universalidad como lo pretende Laclau, lo que implica que el populismo carece de un sentido más amplio que la propia particularidad de la lucha:

Žižek: Una observación más general debería hacerse aquí acerca de los movimientos populares con un objetivo único. Tomemos, por ejemplo, las “revueltas de impuestos” en los Estados Unidos. Si bien ellas funcionan de modo populista, movilizando a la gente en torno a una demanda que no es satisfecha por las instituciones democráticas, no parecen fundarse en una compleja cadena de equivalencias, ya que permanecen focalizadas en una demanda singular” (Laclau, 2008, p.25).

Žižek argumenta que no es posible establecer un marco de luchas universales en la medida en que sus peticiones están enmarcadas en especificidades, es decir, que no sólo las luchas sociales son particulares, sino que también el motivo es particular. Sin embargo, para Laclau hay una reducción por parte de Žižek al considerar que la unidad del movimiento es por un motivo específico. Los procesos sociales son más complejos, pues estos desencadenan una serie de demandas, que si bien se diferencian por sus necesidades, no niega en ningún momento la expansión:

La frustración de una demanda individual transforma el pedido en una exigencia [...] si la equivalencia entre exigencias se extiende siguiendo con nuestros ejemplo: alojamientos, transporte, escolaridad, etc.; comienza a ser mucho más difícil determinar cuál es la instancia a la que las exigencias se dirigen” (Laclau, 2008, p.26).

Básicamente lo que evidencia Laclau es que las luchas sociales no se constituyen por un motivo único, hay múltiples exigencias, las cuales se expanden. Si hay expansión, hay una cadena equivalencial que justifica la universalización. En síntesis, los movimientos sociales buscan la plenitud social a partir de sus experiencias concretas. De esta forma, encontramos rasgos significativos de diferencia en lo universal, pues la diferencia es la que constituye esta noción.

En términos prácticos de lo que se trata con la expansión del movimiento es que la resistencia al sistema capitalista-liberal tenga un mayor impacto social, pues todas las identidades hacen parte de la resistencia desde sus bases. Esta es la razón por la cual se debe reconstruir la idea de revolución planteada en el siglo XIX, y hacerla no una revolución específica sino plural. Así, podemos hablar de

revolución democrática en los autores, ya que no solo el partido obrero forma parte de la resistencia.

La revolución democrática se diferencia de la noción de revolución tradicional en que esta no pretende abolir el liberalismo. Lo que se pretende es un liberalismo democrático que no esté articulado con la idea de una libertad individual “La tarea de la izquierda no puede por tanto consistir en renegar de la ideología liberal democrática sino al contrario, en profundizarla y expandirla en la dirección de una democracia radicalizada y plural” (Laclau & Mouffe, 2005, p.222). Para los autores el abandono del centro democrático no es la solución al problema de las jerarquías, por el contrario, consideran que es a partir del Estado y el conjunto de la sociedad que es posible construir una democracia radical:

El obstáculo básico ha sido, según vimos, el clasismo; es decir, la idea de que la clase obrera representaba el agente privilegiado en el que reside el impulso fundamental del cambio social, sin ver que la propia orientación de la clase obrera depende de un balance político de fuerzas y de la radicalización de una pluralidad de luchas democráticas que se deciden en buena parte fuera de la propia clase (Laclau & Mouffe, 2005, p.223).

Según Laclau y Mouffe esta forma de revolución clásica esencialista, está basada en el modelo jacobino en tiempos de la revolución francesa, cuyo objetivo era el derrocamiento de la monarquía. Para los autores, en un contexto de ruptura política como lo fue la revolución francesa, una noción de revolución jacobina no sería del todo inválida. Es decir, que la ejecución de Luis XVI y su consorte era la única vía de establecer un nuevo sistema que favorecería posteriormente a los grandes mercaderes. Sin embargo, un modelo como el jacobino implica no solo la abolición o ruptura de un modelo político sino “el carácter fundacional del hecho revolucionario, la institución de un punto de la concentración del poder a partir del cual la sociedad podía ser reorganizada “racionalmente” (Laclau & Mouffe, 2005, p.223). Este modelo de revolución no representa un interés plural y radicalizado de la democracia, debido a que no permite los vínculos necesarios para mantener relaciones entre las distintas ontologías.

El proyecto de democracia radicalizada ha de ser aquel que no pretenda formas de poder individuales como el caso de la revolución francesa, y en este sentido ha de ser el que pone fin a un sistema cerrado de las diferencias. El proyecto de democracia radical es socialista al considerar que las relaciones de producción capitalista son una forma de promover la desigualdad. Los medios de producción deben romper con la noción de libertades individuales y pasar a ser plural en la medida en que la acumulación no está concentrada solo en un grupo.

Por eso mismo cuando se habla de socialización de los medios de producción como un elemento de estrategia de una democracia radicalizada y plural, es preciso insistir en que esto no puede significar tan solo la autogestión obrera, pues de lo que se trata es de una verdadera participación de todos los sujetos a quienes interesan las decisiones acerca de lo que va a ser producido, de cómo va a ser producido y de las formas de distribución del producto (Laclau & Mouffe, 2005, p.224).

Con la anterior cita se pretende problematizar la noción del sujeto individual, debido a que la premisa de individualidad consolida libertades sobre la base de eliminar este derecho a otros. Este es uno de los puntos fundamentales en la democracia radical, porque establece la socialización de los medios de producción y no la subordinación de los medios. Por tanto, en la democracia radical la socialización es esencial, en la medida en que es capaz de sostener las identidades como colectivos por encima del derecho individual, evitando así, la consolidación de bloques hegemónicos. El derecho como una condición colectiva elimina cualquier noción de acumulación mediante procesos de represión u explotación.

Además de ello, la democracia radical está en contra de un modelo de revolución como el jacobino, pues de lo que se trata es de direccionar la noción y el hecho revolucionario a un estadio plural y múltiple donde no haya una concentración de lo político. El modelo jacobino no representa por consiguiente una revolución colectiva, si no por el contrario la concentración del poder de los mercaderes en el siglo XVIII. “[...] el hecho revolucionario es, simplemente, un momento interno de ese proceso. Multiplicar los espacios políticos e impedir que el poder sea

concentrado en un punto son, pues, precondiciones de toda transformación realmente democrática” (Laclau & Mouffe, 2005, p.223).

3.3 Una democracia no liberal, sí radical y la compresión de los movimientos emergentes

El concepto de democracia radical en los autores, apunta a describir en detalle los movimientos emergentes. Es decir, aquellos movimientos que surgen en la sociedad y que no tienen una representación política. La emergencia de los movimientos sociales es la consecuencia de la violación de los derechos y los nuevos derechos, estos últimos son lo que carecen de garantías en el marco constitucional, los nuevos movimientos sociales hacen referencia a grupos como los ecologistas, afro, homosexuales, etc.

El nacimiento de los grupos emergentes establece una contradicción entre práctica y teoría por la siguiente razón: mientras que en la práctica hay una violación física de los derechos, en el discurso hay una imposición a los nuevos movimientos que deben acoplarse a las reglas que dicta la hegemonía. Esto debido a que los discursos de las instituciones son anteriores a la emergencia de algunos movimientos sociales. Con lo anterior es posible establecer la presencia de los antagonismos en Laclau y Mouffe:

[...] el antagonismo puede también emerger en otras circunstancias, cuando, por ejemplo, son los derechos adquiridos los que están puestos en cuestión, o cuando relaciones sociales que no habían sido construidas bajo la forma de la subordinación comienzan a serlo bajo el efecto de ciertas transformaciones sociales. (Laclau & Mouffe, 2005, p. 202).

La anterior cita explica dos momentos de los antagonismos, uno de ellos es cuando se violan los derechos ya constituidos de algún movimiento social; evento que crea una crisis en los sistemas democráticos, pues la violación a lo que establece la ley hace que la desigualdad social aumente. Otro momento, son aquellos antagonismos que no están contemplados en un marco legal ni representados en los partidos políticos que se rigen por las leyes establecidas. En síntesis, el escenario social está formado por una serie de antagonismos que cada

vez van ampliando los movimientos de resistencia contra determinado sistema, el cual es dirigido principalmente por las instituciones.

De lo anterior se deduce que el sistema direccionado por la institución es un elemento central en la ampliación del antagonismo, ya que es este el que los niega. Por su parte los antagonismos son el resultado de una compilación de diversas luchas que hacen de la resistencia un marco de contenidos múltiples, pues allí encontramos las luchas “ecológicas, antiautoritarias, antiinstitucionales, feministas, antirracistas, de minorías étnicas, regionales o sexuales” (Laclau & Mouffe, 2005, p.202). Este tipo de resistencias difieren de los movimientos obreros en la medida en que su lucha no es una lucha de clases, sino por una serie de discursos cuyo contenido no es ideológico o de partido. El común denominador de todas las luchas sociales sería su diferencia respecto a las luchas obreras, consideradas como luchas de clases:

Es inútil insistir en el carácter problemático de esta última noción, resultante, a su vez de amalgamar una serie de luchas muy diferentes que tiene lugar a nivel de las relaciones de producción y a las que se separa de los nuevos antagonismos por razones que dejan traslucir- demasiado claramente- la persistencia de un discurso fundado en el status privilegiado de las “clases” (Laclau & Mouffe, 2005, p.202).

Lo curioso de estos movimientos para los autores es que aumentan el marco de resistencia generando la extensión de los movimientos. Así, en la medida en que hay un aumento de los grupos sociales, las resistencias basadas en el fundamento de las clases pierden su privilegio como única forma de lucha. Sobre lo anterior se establece la idea de una revolución democrática como un elemento de la noción de democracia radical. Por otra parte, así como crecen los movimientos sociales las formas de subordinación aumentan, pues la diferencia de los poderes hegemónicos con la sociedad se amplía:

Esto es lo que intentaremos analizar a través de la problemática teórica presentada anteriormente, que nos llevará a concebir a esos movimientos como una extensión de la revolución democrática a toda una nueva serie de relaciones sociales. En cuanto a su novedad está dada porque pone en cuestión nuevas formas de subordinación (Laclau & Mouffe, 2005, p.203).

Para los autores estas formas de subordinación tienen su origen después de la segunda guerra mundial, ya que a partir de ese periodo se establece nuevas formas de relaciones sociales y en este sentido una nueva hegemonía. Estas nuevas formas de relación tienen un componente adicional y es la mercantilización cultural que establece la producción cultural como parte de los negocios entre los Estados, constituyendo así lo que se conoce como sociedades de consumo: “Esta mercantilización de la vida social destruye relaciones sociales anteriores, que reemplaza por relaciones mercantiles a través de las cuales la lógica de acumulación capitalista penetra en esferas cada vez más numerosas” (Laclau & Mouffe, 2005, p.204).

La apertura de las relaciones internacionales después de la segunda guerra mundial establece marcos de subordinación económicos, pero también culturales, permitiendo de esta forma ampliar su poder de dominio en la sociedad, que a su vez amplía los movimientos de resistencia. Esto nos permite reafirmar la resistencia de los antagonismos desde otros escenarios de la vida social diferente al economicista. Ejemplo: las luchas por el cambio climático y la defensa de las reservas para los animales salvajes. Antes de la segunda guerra mundial este tipo de discurso u antagonismo no era tema de discusión ya que todos los antagonismos estaban inmersos en la dualidad política de su momento, a saber: socialismo y capitalismo.

Concluyendo, todos los movimientos sociales desde cada uno de sus puntos son en sí una constitución real, que permite la consolidación efectiva de la lucha por los nuevos derechos o el cumplimiento de los ya establecidos. Lo anterior es esencial en el marco de una democracia radical, pues esta permite establecer tipos de regulaciones que se adapten a los nuevos escenarios, y de esta forma a la contingencia propia de la sociedad. Este párrafo nos muestra que la noción de democracia radical no elimina los antagonismos sociales.

3.4 Las sociedades de consumo y la revolución democrática

Las relaciones sociales establecidas después de la segunda guerra mundial tienen como regulador primario el Estado. El Estado determina los productos culturales que pueden de alguna manera tener conexiones directas con la población. Sin embargo, para los autores las nuevas formas de relaciones entre Estados han tenido como agravante la exacerbada burocratización de los cargos público y un exceso de mercantilización cuyo resultado es la desigualdad: “En todos los dominios en los que el Estado interviene se ha producido una politización de las relaciones sociales que está en la base de nuevos y numerosos antagonismos” (Laclau & Mouffe, 2005, p.205). Esta politización creadora de discursos dominantes al estar respaldada por las instituciones, presenta su discurso como una especie de progreso al poder acceder cada vez a más bienes que son el resultado de aquellas relaciones sociales. En este punto, el poder acceder a bienes, servicio y demás muestra aparentemente un Estado más igualitario o en palabras de Baudrillard “de más en más lejos de una igualdad delante del objeto” (Baudrillard, 1985, 183). Estas ideas de una aparente igualdad en tanto sujetos de consumo ponen en cuestión la realidad de la desigualdad:

Esta “cultura democrática del consumo” ha estimulado sin duda la emergencia de nuevas luchas, que han jugado un papel importante en el rechazo de las antiguas formas de subordinación, como fue el caso de la lucha del movimiento negro en Estados Unidos por los derechos cívicos (Laclau & Mouffe, 2005, p.208).

En la medida que se amplía la oferta en la sociedad de consumo habrá un movimiento emergente que rechace las nuevas formas de subordinación, pues estas sociedades pueden llegar a extinguir las identidades que conforman determinado grupo. Por consiguiente, gracias a los movimientos sociales y sus formas de resistencia, los discursos hegemónicos no pueden absorber en su totalidad la sociedad y convertirla totalmente en una sociedad de consumo.

Todos los nuevos antagonismos surgidos en el marco de una resistencia hacen parte de la revolución democrática la cual es “el terreno en el que opera una lógica del desplazamiento apoyada en un imaginario igualitario, pero que ella no

predetermina la dirección en la que este imaginario va a operar” (Laclau & Mouffe, 2005, p. 212). Básicamente la revolución democrática es el mecanismo por el cual será posible la democracia radical, en la medida en que vincula todas las formas de lucha. Allí se constituyen nuevos escenarios más amplios donde la diferencia es aceptada y respetada por los demás grupos antagónicos. Por ello, la idea de partido y los criterios ideológicos no son un factor indispensable para que las distintas voces sean escuchadas, pues la democracia radical concibe unas adhesiones que no hacen marte de los marcos políticos representativos. Así, esta nueva democracia tiene como prioridad las condiciones culturales u otros factores que no son propiamente la constitución de un partido, pero sí de una nueva izquierda, como lo veremos con Hunter. Sobre esta base, la revolución democrática es un momento necesario en el sistema que se pretende consolidar.

La revolución democrática para Laclau y Mouffe es aquella que contempla puntos en la historia donde el problema cultura es también motivo de resistencia, en este sentido el aspecto económico y el cultural tiene una relación directa porque ambos son elementos que constituyen la sociedad. Por tanto, la revolución democrática es cultural pero también económica. Allen Hunter nos muestra cómo es posible expresarnos desde estas dos condiciones al hacer la crítica a la invasión cultural y la crítica al modelo económico. El caso de Estados Unidos es un claro ejemplo de las alianzas entre los diferentes grupos antagónicos, para mostrar su rechazo a un modelo como el norteamericano. Es algo así, como una posibilidad de establecer puntos en común entre los nuevos movimientos y las luchas económicas lideradas por los partidos de izquierda:

Con los rasgos económicos y éticos del mercado en nombre de un cierto igualitarismo. Ellos también atacan el Welfare liberalism¹ por crear una cierta intervención en la vida privada de la gente y en la estructura moral de la sociedad, en áreas tales como la socialización de los niños y relación entre los sexos (Hunter, 1981, p. 215)

¹ Liberalismo del bienestar social.

Lo que evidenciamos en la cita anterior es un carácter polisémico que todo nuevo antagonismo debe enfrentar. Pues no solo se trata de un contenido específico, sino que todo está articulado. Es decir, que no se puede hablar de la problemática infantil, sin tocar el plano ético, o que no se debe hablar del homosexualismo sin tener en cuenta el problema económico de estos. De esta forma evidenciamos como los nuevos antagonismos tienen factores en común que pueden unir fuerzas y generar críticas mucho más sólidas y concisas. A partir de esta articulación es que se habla de una nueva izquierda y de una revolución democrática en Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.

Las luchas en la revolución democrática tienen un carácter complejo por las dinámicas tan variables que hay en la sociedad. Esto se debe a que todos los antagonismos luchan y se encuentran en constante tensión con el discurso hegemónico desde diferentes posiciones, a saber: una identidad lucha por la defensa de los derechos de la mujer, otra por la no violencia y la igualdad racial, otro antagonismo por los derechos de los homosexuales, etc. Esta aparente ambigüedad constituye prácticas hegemónicas: “el terreno de las prácticas hegemónicas se constituye a partir de la ambigüedad fundamental de lo social, de la imposibilidad última de sentido de toda lucha” (Laclau & Mouffe, 2005, p.215) Es poco probable que algún grupo que forma parte del antagonismo logre expandir su política a otros terrenos y, sin embargo, no es posible que los otros marcos de lucha se aparten del movimiento social.

Finalmente, la revolución democrática de los nuevos grupos emergentes se diferencia de las luchas del siglo XIX porque tienen un sentido demarcatorio. Es decir, hay límites que permiten la diferenciación frente a otros grupos. Un antagonismo que rompe con las estructuras tradicionales de resistencia o cuyo nombre comprendemos como “lucha de clases”, y además evita la articulación por parte de los poderes capitalistas autodenominados liberales, es el tipo de constitución propia de la democracia radical.

3.5 La democracia radical como factor de equilibrio entre las tensiones propias de una sociedad compleja y diferente

El libro - *Hegemonía y Estrategias Socialista, hacía una radicalización de la democracia*- de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe evidencia ya no un campo general de lo social, en el cual los procesos democráticos son enmarcados en la unidad del discurso, sino que muestra un plano social desde la pluralidad de identidades que se radicalizan, en la medida en que son autónomas y difieren de otras identidades. Sobre esta base no es posible establecer teorías fijas que pretendan la determinación de lo social, puesto que, la sociedad es contingente “[...] ha desaparecido también la posibilidad de establecer una teoría general de la política [...]”- es decir, de categorías que fijen de modo permanente el sentido de ciertos contenidos” (Laclau & Mouffe, 2005, p.226).

La pluralidad de identidades dentro del marco de la propuesta de una democracia radical hace referencia a la autonomía de las luchas, en la medida en que hace parte de una cadena equivalencial con otras luchas. La cadena de equivalencias procura que todos los antagonismos logren tener una participación activa en el campo social y político, razón por la cual los antagonismos pueden constituirse con base en sus procesos ontológicos. Lo anterior nos permite hablar de una pluralidad democrática, cuando existen varios movimientos que pueden coexistir en un mismo espacio sin violentarse.

Es esta pluralidad de lo social a la que se liga el proyecto de democracia radical y su posibilidad emana directamente del carácter descentrado de los agentes sociales, de la pluralidad discursiva que los constituye como sujetos a la vez que de los desplazamientos que tienen lugar en el seno de esa pluralidad (Laclau & Mouffe, 2005, p.227).

Para los autores ya no hay un sentido unificado de ver la democracia, en el cual todos los ciudadanos hacen parte de un mismo discurso. Por el contrario, esta pluralidad democrática permite politizar el marco de las relaciones sociales y ampliar los movimientos con base en su contingencia. En los autores entender la sociedad como dinámicas contingentes tiene sus inicios con en las luchas obreras en el siglo

XIX, siguiendo a su vez, nuevas luchas que se manifestaron con mayor fuerza en el siglo XX, tales como: las luchas de género, las ecológicas, las antiraciales, entre otras. Para Laclau y Mouffe la pluralidad democrática constituida básicamente por un establecimiento político donde los movimientos sociales tienen participación, sólo es posible mediante la lógica de equivalencias, pues esta determina la constitución específica de cada uno de los movimientos y de esta forma su participación directa en la sociedad. Lo anterior implica la disolución parcial de un único discurso que politice cada una de las especificidades. Asimismo, evita el establecimiento de un tipo de hegemonía tal, que logre invisibilizar las otras luchas.

La lógica de equivalencia, por tanto, llevada a sus últimos extremos, implicaría la disolución de la autonomía de los espacios en que cada una de estas luchas se constituye; no necesariamente porque algunas de ellas pasarían a estar subordinadas a las otras, sino porque todas ellas habrían, en rigor, llegado a ser símbolos equivalenciales de una lucha única e indivisible (Laclau & Mouffe, 2005, p.228).

Cuando cada lucha mantiene su especificidad y establece fronteras de autonomía es posible establecer la democracia radical pues todos los movimientos tienen participación. En este punto, podemos comprender las dimensiones de la política democrática que proponen estos autores. “Nos permite, para comenzar, precisar el sentido y los límites de lo que podemos denominar “principio de equivalencia democrático” (Laclau & Mouffe, 2005, p.229). Este principio de equivalencia no es otra cosa que lo que establecen Marx y Engels en el manifiesto del partido comunista: “En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y antagonismos de clase, surgirá una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno será la condición del libre desarrollo de todos” (Marx & Engels, 2011, p.59).

La equivalencia es una asociación en la cual los movimientos emergentes logran establecer acuerdos para que no se violenten las fronteras entre estos. Esto permite que los derechos de las identidades sean reales y no puramente discursos sin ningún efecto práctico. “Es solo bajo esta condición que las luchas contra el poder llegan a ser realmente democráticas” (Laclau & Mouffe, 2005, p.230). La

equivalencia logra resolver el individualismo porque establece la primacía de lo colectivo, protege y defiende los derechos de cada una de las identidades sociales desde su posibilidad real de participación.

La democracia radical en el marco de una lógica equivalente no permite bajo ninguna circunstancia que los espacios de pluralidad sean reducidos a un único espacio o único discurso. En este punto la democracia radical es liberal porque permite la asociación, pero al mismo tiempo el establecimiento de fronteras. “Es en él donde reside el principio de pluralismo y donde el proyecto de una democracia plural puede enlazarse con la lógica del liberalismo” (Laclau & Mouffe, 2005, p.230). El concepto del liberalismo desde defensa de los derechos individuales no es lo que está en cuestión en estos autores. Lo que está en cuestión es cuando los derechos individuales pasan a ser formas de totalitarismo que solidifican el discurso de las sociedades burguesas:

No es el liberalismo en cuanto tal lo que debe ser puesto en cuestión, ya que como principio ético defiende la libertad del individuo para realizar sus capacidades humanas, está hoy día más vigente que nunca. Pero si esta dimensión de libertad es constitutiva de todo proyecto democrático y emancipatorio, ella no debe conducirnos, como reacción frente a ciertos excesos “totalistas”, a volver pura y simplemente a la defensa del individualismo burgués” (Laclau & Mouffe, 2005, p.230)

Por ello, el sentido de liberalismo desde la defensa de los derechos de los movimientos sociales, en cuanto a movimientos colectivos, es absolutamente válido. Pues hablar de derechos individuales, es lo mismo que los derechos democráticos cuando se ejercen colectivamente. Lo anterior permite el desarrollo de los individuos desde una noción colectiva que evita su constitución sobre la base del individualismo característico de la sociedad burguesa. La dicotomía desaparece en la democracia radical; no hay blancos, no hay negros, hay un conjunto de personas con identidad que deben tener un espacio de participación.

La democracia radical es la que se establece mediante los procesos de una revolución democrática, caracterizada por el liberalismo colectivo y la pluralidad desde las lógicas de equivalencia, que también constituyen una nueva forma de institución social. Claude Lefort hace una reflexión de lo que sería un liberalismo

desde la democracia radical, su aporte central es básicamente que la sociedad democrática no concibe un poder único sustancial, con ello, esta idea del poder trasciende a otras esferas:

Ninguna ley que pueda ser fijada, cuyos enunciados no sean contestables, los fundamentos susceptibles de ser puesto en cuestión; en fin, ninguna representación de un centro de sociedad: la unidad ya no sabría borrar la división social. La democracia inaugura la experiencia de una sociedad inaprehensible, incontrolable, en la que el pueblo será proclamado soberano, pero en la que su identidad nunca será dada definitivamente, sino que permanecerá latente (Lefort, 1981, p.173).

Al abolir mediante la sociedad democrática el totalitarismo, la sociedad como un todo no puede ser una realidad. La identidad de cada uno de los grupos no permite que se subsuman todos a un único e idealizado plan, que tiene como objetivo constituir sobredeterminadamente la realidad. Por ello, desde Lefort, podemos hablar de una sociedad en el plano de las múltiples identidades que son irreducibles a una instancia fija. La sociedad es contingente. Sin embargo, es importante resaltar que, para poder establecer una sociedad en el marco de las múltiples identidades, la asociación debe ser basada en el ejercicio de libertad que otorga la democracia plural.

Por lo anterior, la izquierda tiene la necesidad de adoptar este modelo de democracia radicalizada, el cual no puede estar fundado en demandas descontextualizadas, sino que por el contrario debe “fundarse en la búsqueda del punto de equilibrio entre un máximo de avance de la revolución democrática en una amplia variedad de esferas” (Laclau & Mouffe, 2005, p.236). Asimismo, con la capacidad de orientar y organizar la sociedad en el marco del respeto de los derechos de cada colectividad.

La democracia radical es el punto de equilibrio entre la tensión que se presenta en la sobredeterminación del discurso y las prácticas sociales reales. Tensión que muestra la imposibilidad de una sociedad única donde todos son iguales ontológicamente. La democracia radical es aquella que logra eliminar la noción de totalidad como un espacio cerrado, en el cual prima la subordinación al

discurso dominante. La democracia radical es, por tanto, la evidencia de la imposibilidad de lo social como un sistema cerrado:

Por eso mismo, se borra también la posibilidad de un discurso unificado de la izquierda. Si las varias posiciones del sujeto, si los diversos antagonismo y puntos de ruptura constituyen una diversidad y no una diversificación, es evidente que tampoco pueden ser reconducidos a un punto a partir del cual todos ellos podrían ser abarcados y explicados por un discurso único (Laclau & Mouffe, 2005, p.238)

Concluyendo, la democracia radical no es entonces el discurso único que pretende subsumir la pluralidad de la sociedad. Esta noción borra la idea del sujeto como una cuestión universal, puesto que hay múltiples voces que conforman lo social. “Así como no hay superficies privilegiadas a priori de emergencia de los antagonismos, tampoco hay regiones discursivas que el programa de una democracia radical deba excluir a priori como esferas posibles de lucha” (Laclau & Mouffe, 2005, p.238). Lo anterior nos dice que ningún antagonismo esta por fuera de la noción de democracia radical, precisamente porque esta noción está diseñada sobre la base de la contingencia y la complejidad de lo social. Las identidades como una constante en la sociedad, no pueden ser parte de un proceso discursivo diferente a su ontología.

Todo lo anterior tiene un único objeto y es efectivamente dar un vuelco a lo que es la sobredeterminación en el marco del totalitarismo, y pasar a ser una sobredeterminación en el marco de la pluralidad de identidades en una democracia radical. Esto implica el establecimiento de las asociaciones cuyo carácter colectivo genera un equilibrio entre las prácticas sociales y el discurso. Lo anterior es posible gracias a que cada identidad tiene su propia constitución discursiva y tiene participación, permitiendo establecer un tipo de coherencia entre teoría y práctica más efectiva por su misma pluralidad.

La democracia radical configura un tipo de sociedad donde los derechos enmarcados en un discurso correspondan con las necesidades de los movimientos sociales. Sobre esta idea es que la democracia radical tiene un sentido único e inconfundible con las propuestas puras del marxismo ortodoxo o del liberalismo totalitarista. Dependiendo el enfoque político de las categorías será la connotación

en la sociedad. Rescatar el liberalismo y el proyecto del socialismo para constituir la nueva izquierda es legado que dejan estos autores a las futuras generaciones que conciben un cambio político, económico y social desde todos sus matices.

Conclusiones

Este trabajo nos muestra la importancia de reconocer los procesos ontológicos permeados por la negatividad (antagonismos) y el discurso político característico en las formas de hegemonía como esencia de lo social. Lo anterior es para Laclau y Mouffe, el carácter constitutivo de la sociedad y, por tanto, la imposibilidad misma de establecer marcos discursivos de control absoluto. Asimismo, se afirma que no es posible fijar un orden social determinado, pues las lógicas sociales y el discurso político no se corresponden. Así, en la democracia radical la sociedad ha de concebirse como un conjunto de movimientos plurales, es decir, una colectividad que se asocia con base en cada proceso ontológico, abandonando la noción de sujeto para pensar los diferentes grupos sociales.

Es importante el abandono de la categoría de sujeto, pues esta noción implica la defensa de los derechos individuales y con ello el acceso a la libertad de los que pueden pagarla. La toma de las teorías liberales modernas por el capitalismo termina estableciendo nuevos márgenes de desigualdad y lo que es peor, la subordinación de los pobres a los sujetos libres. Sobre esta situación la democracia radical controla los márgenes de desigualdad y subordinación, a partir de todo un proceso de comprensión de las diversas ontologías, que, si bien no logra establecer la totalidad de lo social, por la imposibilidad misma de su constitución, si ha de facilitar el ejercicio democrático desde la participación de las colectividades en política.

La democracia radical es la vía teórica por la cual podemos pensarnos libres, pues tiene como objeto la comprensión de todo un panorama social desde sus diferentes realidades. Lo anterior, permite señalar el sentido constitutivo de una identidad y su diferencia respecto a otra, teniendo como resultado una pluralidad de identidades latentes y en emergencia, es decir, identidades prontas a surgir y que harán parte de la sociedad. La democracia radical es, por tanto, el escenario donde la sociedad se constituye ontológicamente y a su vez hace parte de las decisiones

estatales a través de sus colectivos. Esta nueva visión del hombre y su papel en la sociedad permite consolidar los principios esenciales de diversidad social.

También es importante resaltar que la noción de democracia radical no pretende establecer un tipo de régimen, al concebir la institucionalidad como parte fundamental de la estructura del concepto. La institucionalidad desde los marcos teóricos propuestos en la democracia radical asegura la participación de la sociedad en lo público. Esta forma de concebir la institución evita la expansión de un tipo de institución liberal y capitalista o, en su defecto en un marxismo lineal donde la resistencia esta mediada por el partido. Ambas posturas, caen en una política de homogenización progresiva al pretender la simplificación creciente de la estructura social.

Lo anterior determina dos sucesos, a saber: uno en el cual se afirma que las sociedades son liberales, y otro que son socialistas. El socialismo tiene una particularidad y es que da a la revolución un carácter puramente clasista configurando sólo un plano de resistencia. Los dos sucesos en mención se pretenden imponer en la sociedad, como las únicas dos formas en las que es posible el desarrollo de esta. Sin embargo, en la nueva izquierda estas afirmaciones convergen para fundamentar la democracia radical, pues si bien es importante la participación política de las colectividades, debe estar regulada por el sistema de equivalencias que a su vez es verificado y controlado por la institución. En síntesis, el liberalismo y el socialismo son necesarios para pensar la noción de participación de lo colectivo, entendido no como un asunto de clases o de desaparición de estas, sino como un evento que se da naturalmente desde las voluntades colectivas.

De lo anterior, la reflexión que deviene es que el factor de contingencia es un elemento propio de las sociedades, y que es importante retomar las teorías clásicas para pensar la nueva política y las nuevas formas de institucionalidad. También, a través de la revisión de los modelos políticos liberales y socialistas, comprender el orden de lo social desde su propia complejidad, es decir, un orden que no es posible homogenizar debido a que su esencia es ser heterogéneo. En el transcurso de la investigación se ha afirmado que la homogenización sólo genera diferencias con la

práctica y en esta medida se generan imposiciones discursivas e incluso violencia física. La incomprensión del punto medio que hay entre las movilizaciones generalizadas y la institución es lo que imposibilita un diálogo entre la práctica y el discurso.

Laclau y Mouffe encuentran que el error principal en las teorías clásicas es suponer que la sociedad no es en esencia compleja. Así, la pretensión de constituir sociedades como un conjunto único, termina en escenarios de represión y resistencia. Esto es un problema de la institución como se conoce y es también un proceso de construcción de hegemonía. La institución y los grupos sociales han de establecer un punto intermedio en el cual la expansión de los movimientos sea posible. Por esta razón, la fijación discursiva tiende a desaparecer ya que no es posible moldearla a las dinámicas sociales. En síntesis, la descontextualización de la realidad evita establecer niveles de democracia tal, que permitan la participación permanente de todas las identidades sociales, y a su vez una solidificación teórica de la institución.

Por otra parte, estos escenarios donde se construye la política, el concepto de hegemonía y la fundamentación mecanicista de la sociedad en el marxismo clásico, imposibilitan la construcción ontológica de una sociedad, la cual se afirma no puede ser producto de episodios epistemológicos. Esta forma, si se quiere racional de ver la sociedad, impone una serie de condiciones contrarias a las creencias de cada una de las colectividades, contradicción que termina por establecer el punto de ruptura con la institucionalidad. Si no se concibe un Estado convergente ontológicamente con la sociedad, el concepto de hegemonía y demás estructuras políticas reforzarán y consolidarán los sistemas cerrados a tal punto de que la sociedad sea cosificada por modelos de represión cada vez más violentos.

La democracia radical deconstruye algunos conceptos como la revolución, el marxismo e incluso la hegemonía, los cuales, al atravesar el periodo denominado “revolución democrática” se radicalizan y se consolidan como conceptos fundamentales en la nueva izquierda. Así, se establece un criterio más específico de la sociedad donde los dogmas de las teorías pasadas se anulan para dar

prioridad a las colectividades y la reivindicación de sus procesos ontológicos. En consecuencia, esta investigación establece alternativas en pro de una sociedad participativa, que piensa en términos de su colectividad.

El punto de fusión entre las teorías del liberalismo y las teorías del marxismo son un ejemplo de la anulación de los dogmas teóricos y la posibilidad de una nueva propuesta para vencer las adversidades propias de cada sistema. Ahora, en lo corrido del presente trabajo, es posible evidenciar en el marxismo un sentido de participación colectiva en cuanto a la economía refiere, pues dentro del marxismo se debe, como unidad, establecer qué se va producir, la manera en qué se va producir, y cómo se dividen las utilidades de lo producido, sin existir un interlocutor dominante que traté de acumular capital sobre la base del trabajo de los otros. Así, se puede explicar la ruptura con la idea de la acumulación individual, que se desarrolla a partir de la defensa de los derechos individuales en el capitalismo. Este ejemplo de modelo económico del marxismo, debe tener un sentido mucho más amplio, pues la idea es que la noción de distribución puede análogamente servir a los procesos ontológicos.

Adicionalmente, este trabajo establece una ruptura con los absolutismos propios de época moderna. En una entrevista que hace la revista *Íconos* a Ernesto Laclau, este reafirma su rechazo a los absolutos u universalismos planteados desde Descartes. Es decir, de la posibilidad de que una sola idea constituya lo social: “en cierto momento la ilusión de acceso a un inmediato absoluto se disipa, y entonces, la insistencia de una u otra forma de mediación discursiva pasa a ser constitutiva, en el sentido trascendental del término” (Cerbino, 2012, p.130). Laclau expresa un sentido muy original, si se quiere de la sociedad, esto es, que no puede ser reabsorbida para configurar una totalidad, sino que ella se constituye a través de discursos heterogéneos, donde no existe la unidad superior.

Por otra parte, es importante entender que la relación de tensión entre los antagonismos y la hegemonía, es la misma tensión que existe entre las nociones de universalidad y particularidad. En *La Razón Populista* por ejemplo, se establece la coexistencia de lo universal y lo particular en términos de una relación de tensión,

siendo esta análogamente, la imposibilidad de sutura de la hegemonía respecto al antagonismo. Esto implica que la posibilidad de coexistencia no tiene como objeto una reconciliación final, sino que hace parte de una sucesión permanente de relaciones hegemónicas: “La historia no es un avance continuo infinito, sino una sucesión discontinua de formaciones hegemónicas que no puede ser ordenada de acuerdo con ninguna narrativa universal que trascienda su historicidad contingente” (Laclau, 2005, p.281). Lo particular siempre se convertirá en una aparente totalidad estableciendo relaciones hegemónicas con los demás sectores sociales. Así, concibe la historia Laclau, como una relación contingente entre lo universal y particular. Por ello, la coexistencia es la tensión entre estas dos fuerzas, que son la esencia de lo social. La sociedad en su particularidad busca satisfacer sus deseos estableciendo cualquier tipo de vínculo con tal de alcanzarlo:

Es por eso que Copjec está absolutamente en lo cierto al plantear la distinción lacaniana entre deseo y pulsión: mientras el primero, al no tener objeto no puede ser satisfecho, la segunda, al implicar una investidura radical en un objeto parcial, puede encontrar satisfacción (Laclau, 2005, p.281).

La coexistencia esta mediada por la tensión que ejercen las fuerzas particulares, las cuales buscan establecer el orden a partir de sus construcciones ontológicas. En última instancia, el deseo y la pulsión expuestos en la cita anterior. El sólo hecho de pensar la diferencia como elemento fundamental en la construcción de sociedad, implica necesariamente el establecimiento de relaciones hegemónicas. Estas relaciones están sujetas al deseo por lo que no se tiene. Esto es cuando una particularidad busca una aparente totalidad, y a la pulsión, al satisfacer el deseo. Es decir, cuando una particularidad se establece como una aparente totalidad, pues allí, tiene la potestad de reabsorber otros sectores sociales, cayendo así, en un juego de nunca acabar, pues no es posible homogenizar la sociedad.

Finalmente, en una entrevista que hace la revista utopía y praxis latinoamericana a Laclau. Este concluye que el populismo, vía por la cual se

consolidan las relaciones sociales, es una herramienta necesaria en todo accionar político, pues de alguna manera cada agente necesita de esta herramienta:

“Incluso, el más institucionalista de los discursos tiene que constituir gentes sociales que lo apoyen [...] vistas las cosas desde este ángulo, podría decirse que, si bien lo político no es sinónimo de populismo, la operación política mínima, que consiste en plantear alternativas a la situación existente, tiene una dimensión que es populismo” (Follari, 2012, p.86)

La sociedad es entonces la constitución de una serie de discursos que promueven las ontologías de cada uno de sus grupos, los cuales se encuentran en una tensión permanente. La historia confirma que los particularismos desean establecer la totalidad de lo social, pero está, es en sí aparente. Sobre la base, el populismo se convierte en una herramienta para exigir a la institución o persuadir los movimientos sociales.

Sin más, la aspiración con esta investigación es explicar y fundamentar una teoría capaz de generar un tipo de reflexión en lo que debería ser la política y su relación con la sociedad. La política no puede ignorar las exigencias de la sociedad y sus múltiples realidades atadas a los procesos ontológicos. En el desarrollo de este trabajo fue importante comprender la concepción del mundo en torno a la diferencia y las implicaciones de una política que se adecua, contextualiza y responde ante las demandas propias de las sociedades ampliamente diversas.

No se puede considerar la política como una práctica estática y limitada, los resultados de esta visión son la segregación y la indiferencia con lo que no “conocemos”. Si la política no logra consolidarse como el espacio de participación de las identidades su relevancia en la sociedad es casi nula. La política es el medio por el cual la sociedad puede establecer diálogos que le permiten habitar con el entorno. Si esto no es claro en los organismos e instituciones que procuran por los intereses de la sociedad, hay que replantear la importancia de su labor y constituir sistemas alternativos que sí lo permitan.

*“A los Estados o a cualquiera de ellos, o a cualquier ciudad de los
Estados, Resistid mucho y obedeced poco,
Cuando la obediencia es incuestionable, cuando la servidumbre es
completa,
Ninguna nación, Estado o ciudad de este mundo, recobrará jamás
su libertad. (Whitman, 1974, p.92)*

Bibliografía

- Baron, S. (1976). *Plejánov el padre del marxismo ruso*. Madrid: Siglo XXI de España editores S.A.
- Baudrillard, J. (1985). *El sistema de los objetos*. Mexico D.F: Silgo XXI.
- Butler, J. Laclau, E. Žižek, S. (2003). CONTINGENCIA, HEGEMONÍA, UNIVERSALIDAD. Buenos Aries. Fondo de cultura económica de Argentina S.A.
- Cerbino, M. (2012). Postmarxismo, discurso y populismo. Un diálogo con Ernesto Laclau. *ÍCONOS*, 127-144.
- Follari, R. (2012). Ernesto Laclau: entre política y Estado: pervivencia del populismo. *UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICA*, 86-88.
- Giacaglia, M. (2002). Hegemonía concepto clave para pensar la política . *Tópicos*, 151-159.
- Guerra, M. D. (1968). El pensamiento social de George Sorel. *revista de estudios Políticos*, 143-168.
- Hunter, A. (1981). *The ideology of the new right*. Nueva York.
- Kautsky, K. (2012). La Doctrina Socialista (respuesta a la crítica de Ed. Bernstein). Valladolid: Maxtor.
- Laclau, E. (2008). *Debates y combates por un nuevo horizonte de la política*. Buenos Aries. Fondo de cultura económica de Argentina S.A.
- Laclau, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos aires. Compañía Editorial Espasa Calpe Argentina S.A / Ariel.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (2005). *Hegemonía y estrategias socialistas hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica de Argentina S.A.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires. Fondo de cultura económica.

- Laclau, E. (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Lefort, C. (1981). *L'invention démocratique, les limites de la domination totalitaire*. París: Fayard.
- Marx, C., & Engels, F. (2011). *Manifiesto del partido Comunista*. México: Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx.
- Trotsky, L. (2007). *Historia de la revolución Rusa*. Madrid: Veintisiete Letras.
- Plejánov, G. (1976). *Las cuestiones fundamentales del marxismo*. Barcelona: Fontamara
- Portelli, H. (2003). Gramsci y el bloque histórico. Buenos Aires. SigloXXI editores s.a
- Przworski, A. (1977). *Proletariat into a class*. New York: Politics and Society.
- Valenzuela, H. C. (2015). Intervenciones. Ernesto Laclau y su concepto de discurso post-marxista. *Pléyade*, 33-47.
- Whitman, W. (1974). *Hojas de Hierba*. Barcelona: Organización editorial Novaro S.A.